

# LA CRUZ DEL MATRIMONIO,

COMEDIA

ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Representada por primera vez en el teatro de Variedades la noche del 28 de Noviembre de 1861.

**OCTAVA EDICION.**

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

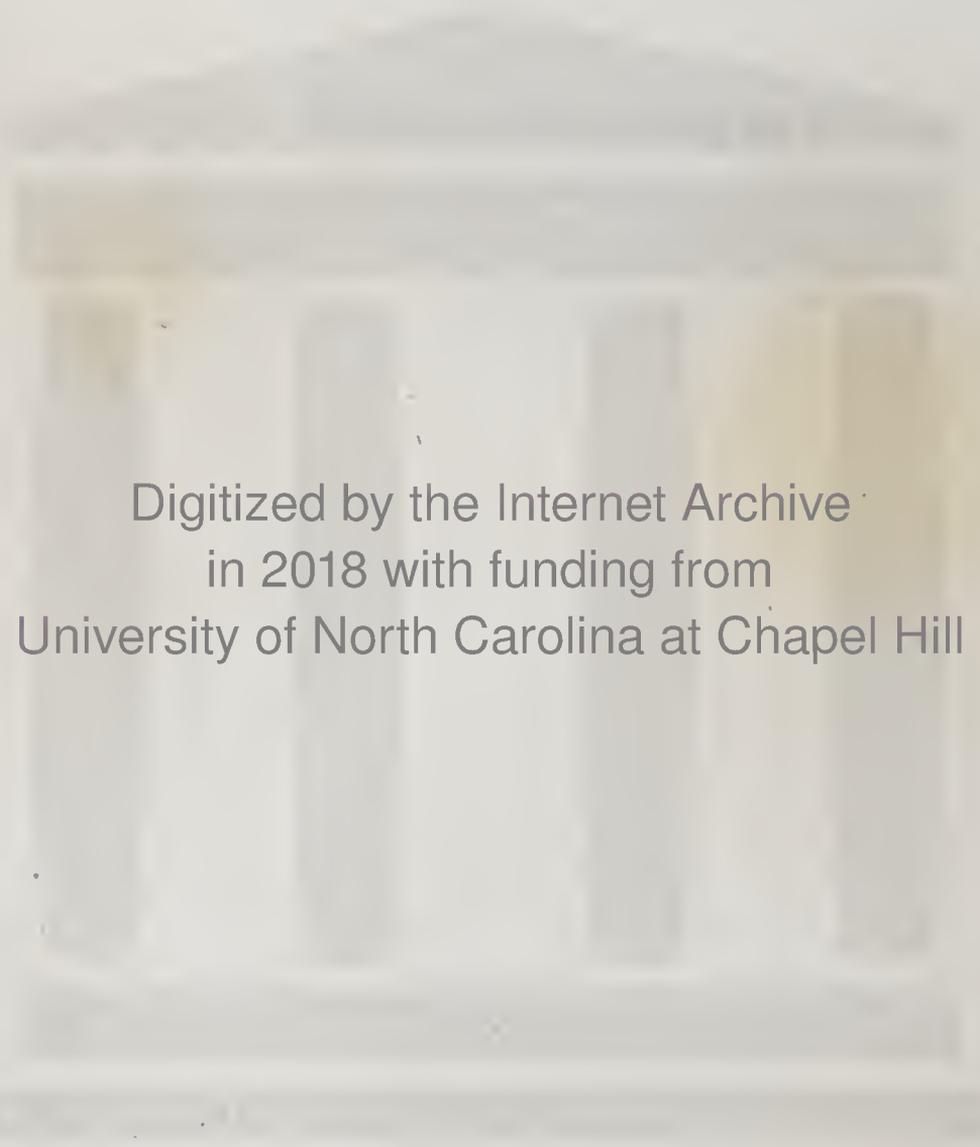
**1863.**

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducción.

Loscomisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA MEMORIA DE UN ÁNGEL.



Digitized by the Internet Archive  
in 2018 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

«Si alguno quiere venir en pos  
de mí, tome su cruz y sígame.»

(SAN MATEO.)

«Mirad bien si acaso teneis vosotras la culpa. Para echar un jarro de agua al fuego de la cólera, y para domesticar el genio más feroz y más extravagante de un marido, no hay medio más eficaz que el silencio respetuoso, el modo humilde y severo, y la *paciencia* dulce y constante de una mujer. El rendimiento y la sumision que debemos á nuestros maridos no nos permite hacerles frente: el contrato matrimonial es contrato oneroso, que nos impone la obligacion de sufrir sus defectos *con paciencia*. Si vosotras sabeis *callar* ahorrareis muchas pesadumbres y muchos sinsabores.»

(Santa Mónica, segun el P. CROISSET.)

PERSONAJES.

ACTORES.

---

MERCEDES.....	DOÑA CARMEN BERROBIANCO.
ENRIQUETA. ....	DOÑA FRANCISGA MUÑOZ.
DOÑA CLARA.....	DOÑA FELIPA ORGAZ.
FELIX.....	D. JULIAN ROMEA.
MANUEL.....	D. FLORENCIO ROMEA.

El autor recomienda á los directores de escena, que el personaje mudo que aparece en el tercer acto sea representado por un actor de reconocido mérito.

En Madrid se han prestado voluntariamente á ejecutarlo los Sres. Pardiñas, Mario y Salas, dando en ello una prueba de su amor al arte, digna por muchos conceptos de ser imitada.

---

Madrid: 1860.

---

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 24 de Noviembre de 1861.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Gabinete en casa de Felix. Dos puertas al foro; una á la derecha y dos á la izquierda.—Por la puerta de la izquierda del foro se vé otra que comunica con el jardin, y por la de la derecha una ventana. Por entre las persianas que cierran esta y aquella penetran algunos rayos de luz.

Muebles de mucho lujo.

### ESCENA PRIMERA.

MERCEDES, ENRIQUETA.

La primera aparece cosiendo: la segunda sale por la derecha en traje de mañana muy elegante, que contraste con el de Mercedes, que será mucho más sencillo.

ENRIQ. Buenos dias.

MERC. ¡Ah! Enriqueta.

ENRIQ. ¿Cómo es esto? ¿Trabajando tan de mañana?

MERC. No, hija.

Si son ya las doce y cuarto!

ENRIQ. Pues por eso digo... Eras tan dormilona!...

MERC. Ya, vamos, recuerdas aquellos tiempos... Ahora todo ha cambiado.

Con la edad el sueño huye,  
y el chiquitin, los cuidados  
de la casa...

ENRIQ. ¡Oh! Yo reviento,  
Mercedes, si no hablo claro.  
¿Eres tú aquella muchacha,  
dulce embeleso del Prado,  
hechizo de las reuniones,  
de los bailes tierno encanto,  
y en Real, Zarzuela y Príncipe  
de los gemelos el blanco?

MERC. Fuí y no soy.

ENRIQ. ¿Pero por qué?

MERC. Hija, porque me he casado.

ENRIQ. ¡Ah! ya. Y casarse es morirse?  
Yo pensé que era al contrario.  
De soltera estaba atada;  
sentia esos duros lazos  
que la sociedad impone  
á la pobre que no ha hallado  
quien con ella cargue. Pero  
una vez casada, es llano  
gozar las inmunidades  
concedidas á ese estado.

MERC. Si, pero teniendo un niño...

ENRIQ. Yo tambien le tengo, y bailo  
y paseo y me divierto  
en cuanto me viene á mano.  
¿Por qué no le has puesto ama  
como yo? ¿Por qué criarlo?  
Los niños fuera de casa  
se crián mucho más sanos.

MERC. ¡Ay, Jesus! ¡Pobre angelito!  
¿Yo, buena y robusta estando,  
le habia de comprar madre!?

ENRIQ. Asi te has desmejorado.

MERC. La que no cria á su hijo  
ni le aduerme en su regazo,  
ni el nombre de Dios le enseña,  
no es madre: ese nombre santo  
no se gana en aquel dia  
en que vida y ser le damos.

Poco es que el árbol dé flores  
si el fruto no es sazonado.

ENRIQ. Bien: pase por el chiquito.  
—¿Mas es justo, es cuerdo, es sabio  
que en casa pases la vida  
entre afanes y trabajo,  
mientras tu señor marido  
goza y derrocha y dá escándalos,  
y vive... Dios sabe cómo,  
porque ni aun quiero pensarlo?

MERC. ¿No es tu marido lo mismo?  
Pues dime, ¿consigues algo  
con estar siempre riñendo?  
¿Le vas atrayendo acaso  
con seguir su ejemplo en todo  
cuanto no veda el recato?

ENRIQ. Hija, tú estás en mantillas  
y es preciso irte educando.  
—Por desgracia ó por fortuna  
juntas ambas nos criamos,  
sin padres, con nuestra tia,  
y aun niñas, el tiempo andando,  
por fortuna ó por desgracia,  
en un dia nos casamos.  
Tu Felix y mi Manuel,  
dos excelentes muchachos,  
segun todos, muy amigos,  
porque eran á cual más malo,  
fueron—y esto es tan patente  
que está á los ojos saltando—  
si calaveras solteros  
más calaveras casados.  
Llevóme el mio á Paris,  
donde he vivido tres años  
con nuestra tia, y quedaste  
tú de tu marido en manos,  
sola y niña y sin consejo,  
que es un triple desamparo.  
Mientras que duró esa luna,  
que luna de miel llamamos,  
si yo de amor loca estuve  
ví en mi Manuel otro tanto.

Mas pasó un mes y otro mes,  
—¡jamás hubieran pasado!—  
cuanto ya más me abrasaba  
más Manuel se iba entibiando.  
Al principio no salía  
por estar siempre á mi lado;  
despues me pidió permiso  
para divertirse un rato;  
estaba fuera una horita  
y volvia más que á paso.  
Luego, sin pedir licencia,  
añadió á la horita un cuarto;  
luego tuvo ocupaciones,  
despues le gustó el teatro;  
despues... ¡se pasó la noche  
fuera de casa jugando!  
Lloré, le armé peloterías,  
¡ni por esas! Ocupado (Bajando la voz.)  
me lo traia una pícara  
actriz de los Italianos.  
Apenas entraba en casa  
yo iba á buscarlo llorando;  
él huia de mi vista  
ó fosco ó mal humorado.  
Pedí á mi tia consejo:  
dióme un consejo sensato.  
Cuando venga riña en él.  
¡Grita? Grita tú mas alto.  
Vá á un baile? Vamos á otro.  
Él te dá celos? Pues dáselos.  
Compra á su querida un traje?  
Compra tú al momento cuatro.  
Que le duela, que le punce;  
y verás asi que cuando  
el aguijon sienta, torna  
á tus pies más que humillado.  
—Esto espero, y cuando menos,  
si no logro al bien llevarlo,  
pues él goza de este mundo,  
yo del mundo habré gozado.  
MERC. Me estás contando mi historia.  
Solo que yo, no pensando

que el camino que tú eliges  
á un bien conduzca cercano,  
á mi corazon oyendo  
camino opuesto he tomado.  
Si él se va á sus diversiones  
yo nunca de casa salgo;  
si pasa la noche fuera  
toda la noche le aguardo.  
Si cuando llama me encuentro  
triste y anegada en llanto,  
presurosa el llanto enjugo,  
la risa á mi boca traigo,  
y amorosa le recibo,  
venga alegre ó enojado,  
sin que asomen á su vista,  
aunque me mate el quebranto,  
ni una lágrima á mis ojos  
ni una repulsa á mis labios.  
Si él pierde al juego, yo en casa  
lo que él ha perdido trato  
de economizar; si pienso  
que un rico traje ha comprado  
á una mujer, que él desprecia  
tal vez sin imaginarlo,  
al tornar á casa me halla  
con traje humilde esperándolo.  
Nunca recriminaciones,  
nunca riñas, nunca escándalos.  
Si fuera encuentra repulsas  
solo vé en su casa agrado.

ENRIQ. Ó eres tonta, ó eres santa.  
¿Te estás brazo sobre brazo,  
sufriéndolo, y nada haces  
por gozar ó por ganártelo?

MERC. Hago mucho: el alma mia  
hace más por mí: le amo.

ENRIQ. Asi, Mercedes, le pierdes.

MERC. Más bien pienso que le gano.  
Cuando vé á la que es su esposa  
con un sencillo tocado  
al dejar otras mujeres  
á quienes presta boato;

cuando del juego acá torna  
de haber un caudal tirado  
y vé que porque no pierda  
nuestro pobre niño tanto  
me afo y economizo;  
cuando viene disgustado  
con sus locas aventuras,  
con sus amores comprados,  
y aqui me encuentra, dispuesta  
á recibirle en mis brazos,  
que se avergüenza conozco,  
y un remordimiento amargo  
le punza: eso es lo que quiero,  
de eso yo todo lo aguardo.  
Vendrá un dia en que compare  
el oro fino y el falso,  
el amor que el amor compra  
y el que el dinero ha comprado;  
y si compara, si piensa,  
no habrá ya poder humano  
que de mi amor le separe,  
que le arranque de mis brazos.

## ESCENA II.

DICHAS, DOÑA CLARA, en traje de calle de mucho lujo.

CLARA. ¡Yo no sé cómo hay personas  
decentes, que resignadas  
vivan en Madrid! ¡Jesus!  
Córte en fin digna de España.  
¡Qué silencio en esas calles,  
qué pobreza en estas casas!  
¡Vamos, esto no es vivir!  
¡Paris, Paris de mi alma!

MERC. Pues, tia, á mí me parece  
que bulla en Madrid no falta.

CLARA. ¡Uy, qué lástima de celda!  
—Dime: ¿quién te ha hecho esa bata?

MERC. Manolita.

CLARA. ¿Es española? (Con desprecio.)

MERC. Sí tal; vallisoletana.

- CLARA. Bien se le conoce, hija. (Con desden.)  
Donde está aquella madama  
Petit-Chú... ¡Qué gusto tiene,  
qué tijeras y qué gracia!  
¡Ay, Mercedes! si me pierdo  
mándame á buscar á Francia.
- ENRIQ. Sí: tiene razon Clarita.
- CLARA. ¡Ah!... ya no me llamo Clara.  
Madam Clarita. Asi todos  
en el *hotel* me llamaban.  
¡Qué franceses tan galantes!  
¡Qué cosas dicen! Es lástima  
que yo no pueda entenderles  
ni siquiera una palabra.
- MERC. ¡Pero, tia!...
- CLARA. ¡Tia, tia!  
¿Soy alguna octogenaria?  
Tú por tú, y Clarita.
- MERC. ¡Tú?
- CLARA. Mejor fuera que me hablaras  
con aquel *vu parisien*  
tan mono y lleno de gracia.  
Pero, hija, donde no hay *vu*  
con el tú apechugo.—¡Eh! basta;  
y aprende de mi Enriqueta,  
que viene pulimentada.  
Tú por tú, y Clarita.
- MERC. ¡Tia!
- CLARA. ¡Otra! ¡Qué falta! ¡ay qué falta  
nos está haciendo un poquito  
de anexion! ¡Quién fuera Italia  
y tuviera un Garibaldí  
y se viera anexionada!
- MERC. ¿Y qué es eso?
- CLARA. ¡Ay que no sabe (Escandalizada.)  
*hacer politica!* Calla;  
y no hables donde te escuche  
gente de pró, desdichada.
- ENRIQ. Ciertó: ignorar esas cosas (Sonriendo.)  
de que todo el mundo habla...
- CLARA. Es que me espanto y me asombro...  
¿Cómo vivis en España?

- MERC. Oh... yo le diré á usted, tia,  
¡hay tanto que hacer en casa!
- CLARA. Pero aqui ¿no hay *Monitores*?  
¿No bay *Patrí*?—En francés es patria.  
Mira, para que otra vez  
tales preguntas no hagas.  
Anexion es una cosa  
que tiempo atrás no pasaba  
nunca en tierra firme. Antes  
los peces solos la usaban.  
Un pez grande, por ejemplo,  
un besugo asi... de talla,  
con deseo anexionista,  
—hambre en lengua castellana,—  
á buscar pasto salia  
dejando el lecho de algas.  
Encontraba un pez pequeño,  
un lenguado verbi gracia,  
y de compasion movido  
al ver su insignificancia,  
por elevarlo á su altura,  
por infiltrarle su savia  
y hacer uno de los dos,  
sorbía y lo anexionaba.  
Si más saber quieres, hija,  
vé á estudiar á Salamanca.
- MERC. Tia, y si yo pienso en eso,  
que al fin no me importa nada,  
¿quién cuida aqui de la ropa?  
¿quién vigila á las muchachas?
- ENRIQ. ¿Y ahorrarás tú en todo un año  
con tu arreglo y vigilancia  
lo que tu señor marido  
en sola una noche gasta?  
¿Gastan ellos? pues gastemos.
- MERC. Bien, sí; pero ellos lo ganan.
- CLARA. Hija, Dios condenó á Adán  
á que el sustento ganara;  
á Eva no. Dióle un castigo  
más doloroso. Yo...
- ENRIQ. (Conteniéndola.) ¡Clara!
- CLARA. Pues señor: he estado viendo

cuartos toda la mañana.  
¡Qué escaleras! ¡Qué pasillos!  
¡Qué casas! ¡Parecen jaulas!  
De *confort* alguna cosa,  
mas de *comilfó* no hay nada.

ENRIQ. ¿Es decir que no has hallado?...

CLARA. ¡Qué he de hallar! Esto al fin pára  
en irme al campo, y hacerme  
una chocita de ramas.

ENRIQ. Pues, prima, tienes que darnos  
hospitalidad bien larga.

MERC. No sabes cuánto me alegro.  
Tanto tiempo separadas!...

CLARA. Pues señor: para que veas  
entre la gente que andas.  
Al bajar ahora del coche,  
furiosa y desesperada,  
—como es regular,—alcéme  
asi un poquito la falda.  
Se vió el pié y sus arrabales,  
—cosa que ya á nadie extraña  
llevando los bajos limpios.—  
Mas un hombre que pasaba  
—andaluz por el ceceo  
y por la presencia charra—  
me dice con desvergüenza  
echándome una mirada:  
«¡Vivan los pies de alfeñique!  
¡Viva la bula y la gracia!»  
¡Ay qué pais! ¡qué paisaje!  
y qué paisanaje!

ENRIQ. Clara!

CLARA. ¡Ah!... pero no todo ha sido  
en esta excursion desgracias.  
He tenido un buen encuentro:  
he tropezado una cara  
conocida antigua tuya. (Á Enriqueta.)  
¿No adivinas?

ENRIQ. ¿De quién hablas?

CLARA. ¿Te acuerdas de aquel muchacho  
que allá nos acompañaba  
el año pasado?



- MERC.                   ¿Yo? Muy bien.
- FELIX.                   ¿Sí? (Con desconfianza.)
- MERC.                   Sí.
- Tú no quieres que te aguarde...
- ENRIQ.                ¿Qué? ¿Se ha recogido tarde?
- MERC.                No, tarde no.
- FELIX.                Así, así.
- ENRIQ.                ¡Pícaro!
- FELIX.                ¡Negocios!
- CLARA.                ¡Ya!
- ¡Si quemaran el Casino!...
- ENRIQ.                ¿Y... don Manolito, vino  
en tu compañía acá?
- FELIX.                Sí, sí; no tengas cuidado  
de que aquí se te pervierta.  
Su juventud inexperta  
guia un hombre amaestrado.
- CLARA.                Vamos, y deja á ese loco.
- FELIX.                ¡Tan pronto! Ya habrá lugar...
- CLARA.                No, no, no: para almorzar  
es fuerza arreglarse un poco.
- FELIX.                ¡Ah!... si es eso... El yo pequé  
entono ya por mi ruego.  
Ponte linda, y hasta luego.
- ENRIQ.                Hasta luego.
- CLARA.                Adiú, mosié.

#### ESCENA IV.

MERCEDES, FELIX.

- FELIX.                (¡Qué linda es! Y Manuel  
(Mirando á Enriqueta.)  
deja á una chica tan bella  
y tan buena por aquella  
serpiente de cascabel!...  
Vamos, si yo fuera así  
renegaba de mi nombre.  
¡Qué animal tan raro el hombre!)
- MERC.                ¡Ejem! (Tosiendo. Se habrá vuelto á su labor.)
- FELIX.                ¡Ah!... ¿Estabas ahí?
- MERC.                Sí.

- FELIX. ¿Qué haces?  
MERC. Coser.  
FELIX. ¡Coser!  
Siempre igual.  
MERC. Por las mañanas...  
FELIX. Es que parece que ganas  
asi lo que has de comer.  
¿Qué dirá de tu marido  
quien siempre te encuentre asi?  
MERC. Que me distraigo.  
FELIX. Sí, sí.  
Debe ser muy divertido.  
MERC. Si es que algo decir deseas,  
coser no evita el hablar.  
FELIX. No, no quiero incomodar.  
MERC. ¿Incomodar? No lo creas. (Levantándose.)  
Ya lo dejo.  
FELIX. ¡Oh! Ven aqui.  
Esos ojos... Tú has llorado.  
MERC. No, no.  
FELIX. Pues me has aguardado  
y no has dormido.  
MERC. ¿Yo?...  
FELIX. ¡Sí!  
MERC. Perdona, Felix; no puedo  
dormir si no estás en casa  
pensando si algo te pasa.  
¡Tengo por tí tanto miedo!  
¡De noche esas calles!...  
FELIX. ¡Oh!  
¡Esto ya es intolerable,  
fastidioso, insoportable!  
¿Soy algun chiquillo yo?  
Y ahora teniendo contigo  
tus parientes... ¿Qué dirán!  
MERC. Pero, Felix...  
FELIX. Pensarán...  
pensarán que yo te obligo.  
MERC. Mira, no he velado tanto.  
FELIX. Pero si he vuelto de dia.  
¡Vamos, esto acabaria  
con la paciencia de un santo!

- MERC. No; que lo noten yo evito.  
Me recojo en mi aposento,  
y en cuanto tus pasos siento  
me acuesto muy de quedito.
- FELIX. ¡Estos femeniles ocios!  
Como no tienen que hacer!
- MERC. Tardabas tanto en volver...
- FELIX. Uno tiene sus negocios!...
- MERC. Ya se vé. (Dándole toda la razon.)
- FELIX. Y no es regular...
- MERC. Ya lo sé; mas la voz baja. (Muy apurada.)
- FELIX. Que despues que uno trabaja...
- MERC. Sí.
- FELIX. Le quieran fastidiar.
- MERC. Pero, Felix, si es cariño.
- FELIX. Quererse meter en todo... (Sin oirla.)
- MERC. ¿Yo? no, no; de ningun modo.  
Vamos... ¿quieres ver al niño?  
(Mucha dulzura.)
- FELIX. No, no quiero... Esto me afecta  
y hace que sin seso ande.  
Tienes un defecto grande.
- MERC. ¿Cuál?
- FELIX. Hacerte la perfecta:  
y me tienes en un potro  
y me irritas y sublevas.  
—Vé, mira qué traje llevas.  
¿Por qué no te pones otro?
- MERC. ¿No te gusta?
- FELIX. ¡De percal! (Tocándolo.)  
Esto de la raya pasa.
- MERC. Para andar dentro de casa  
aun me parece tal cual.
- FELIX. Eso, sí, hazte la modesta.  
—Viste seda, glasé.
- MERC. ¿Cuando  
se está en casa traginando!  
¿Sabes eso lo que cuesta?
- FELIX. Bien. ¿Pero no gasto yo?
- MERC. ¡Oh!... Tú, ya eso es diferente.  
Tienes que alternar con gente.  
No es el caso el mismo, no.



MERC. ¡Jesus! Piensas unas cosas...  
¡Eh!... Ven á ver al chiquito.  
Y dice papá clarito.

FELIX. No. (Preocupado.)

MERC. Sí.

MANUEL. ¡Oh! modelo de esposas. (Entrando)

## ESCENA V.

DICHOS, MANUEL.

FELIX. ¿Despiertas? (con ironía.)

MERC. Manolo, adios.  
¿La noche buena?

MANUEL. Esquisita.  
(¡Qué preciosa!) (¡Pobrecita! (Á Felix.)  
No tienes perdon de Dios.

FELIX. ¡Eh!)

MERC. Perdónenme que huya.  
Los quehaceres...

MANUEL. (¡Deliciosa!)  
(¡Si yo tuviera esta esposa!

FELIX. ¡Si yo tuviera la tuya!)

MANUEL. (¡Pícaro!)

FELIX. (¡Esto escandaliza!)

MERC. Ea, adios. (Ha estado recogiendo la costura.)

MANUEL. ¿Ya!

MERC. Mal mi grado.  
Mas el niño aun no ha almorzado;  
y como soy su nodriza...

MANUEL. (¿Ves?

FELIX. Sí.)

MANUEL. Aguárdate. (¡Mastuerzo!)  
Siquiera un cuarto de hora.

MERC. ¡Ah!... No puedo.—Oigo que llora.  
(Escuchando.)  
Es que me pide su almuerzo.

ESCENA VI.

FELIX, MANUEL.

- MANUEL. Eres digno de un presidio.  
¡No hacer caso de una esposa  
tan buena! ¡tan cariñosa!
- FELIX. ¡Chico, comprendo el suicidio!
- MANUEL. ¡Si tuvieras que lidiar  
con aquella! Nunca hay calma.
- FELIX. ¡Ay, Manolo de mi alma,  
si pudiéramos cambiar!
- MANUEL. ¡Ojalá!—Siempre el reproche  
tiene en la lengua.
- FELIX. ¡Hechicera!
- MANUEL. Me ha armado una pelotera  
ahora mismo *soto voche*...
- FELIX. ¿Cómo?
- MANUEL. Se ha entrado resuelta;  
y porque ayer no he venido...
- FELIX. Ya se vé, no habrá dormido!
- MANUEL. ¿No dormir? Á pierna suelta.
- FELIX. ¡Duerme! ¡Celestial! (Rápido.)
- MANUEL. ¡Pues no!  
Solo por bailar trasnocha!
- FELIX. ¡Baila! ¡Divina! ¡Y derrochá?
- MANUEL. Tututú... Doble que yo.
- FELIX. Ni pasada por tamiz!  
Y dime, ¿es aficionada  
á coser?
- MANUEL. No dá puntada.
- FELIX. ¡Y no cose! ¡Hombre feliz!
- MANUEL. Muchacho, ¿te has vuelto loco?  
Eso es salirse de quicio.
- FELIX. Mira, yo tendré algun juicio;  
mas debe de ser muy poco.  
—Oye, y mis duros quebrantos  
escucha de pena lleno.  
Yo nací para ser trueno  
como otros para ser santos:  
Aun niño, al mundo me eché

como tú jamás pensaste.

MANUEL. Pero si tú me educaste.

FELIX. Es cierto; yo te eduqué.

Pues, alumno, es la verdad  
que por más que vaya y venga,  
no hay un hombre que no tenga  
algo de fragilidad.

La tuve: me enamoré;  
la garganta puse al hierro;  
dispuse mi propio entierro,  
quiero decir, me casé.

MANUEL. Al fin de toda comedia  
el primer galán se casa.

FELIX. Cierto. Lo que luego pasa  
constituye la tragedia.

—Pues señor, mi último día  
llegó.

MANUEL. No me apesadumbres.

FELIX. Quise mudar de costumbres.

Pero, chico, ¡me moría!

El reposo que hay aquí, (Sombrio.)

esta calma, este quietismo,  
este hacer siempre lo mismo  
no se han hecho para mí.

Esta casa es un retablo  
que á la virtud se levanta.

Mercedes es una santa;  
y yo necesito un diablo.

Volví á lanzarme á la mar.

¿Pensarás que se enojó,  
que hubo riñas, que lloró,  
que á su vez quiso gozar?...

No! Cuando por mi aspereza  
y por lo mal que la trato  
espero que coja un plato  
y lo rompa en mi cabeza...

llena de santo cariño (Conmovido á su pesar.)

con la sonrisa en la boca  
me cuenta de gozo loca

¡alguna gracia del niño!

MANUEL. Pues, chico, eso es un tesoro. (Conmovido.)

Con esa mujer al lado

- no se está, Felix, casado.
- FELIX. Pues eso es lo que deploro.  
No sabes lo que es volver  
tras una noche de orgia  
á casa ya entrado el día,  
y encontrar á una mujer  
que no ha dormido esperando,  
y que no exhala una queja;  
que al verte todo lo deja  
su pena disimulando.  
Tú no comprendes el mal  
de hacer que otra esté lujosa  
y ver que tu propia esposa  
viste traje de percal.  
No ves lo que martiriza  
contemplar de qué manera  
lo que tú derrochas fuera  
ella en casa economiza...  
Y todo sin acritud,  
sin que recompensa aguarde,  
sin hacer jamás alarde  
de tan inmensa virtud...  
Créeme: esta es una pena  
que á otra alguna yo no igualo;  
¡ya que tengo que ser malo  
no la quisiera tan buena!
- MANUEL. Pero siento tan bendita,  
¿por qué te hace padecer?
- FELIX. ¿Por qué? ¡Porque esa mujer  
es mi conciencia que grita!  
Manuel, siempre la he de ver  
en su retiro modesto  
con actos que dicen: «Esto  
es lo que se debe hacer.»
- MANUEL. Pues señor, si eso es lo malo,  
nunca tal mal de tí huya.
- FELIX. ¡Ay! ¡quién me diera la tuya!
- MANUEL. ¡Muy buena! Te la regalo.  
—Ya sabes cómo casé,  
y que á Paris nos partimos,  
y que ¡un mes! felices fuimos.  
Pues señor, héte aquí que...

una noche, acostumbrado  
á no tener quién me aguarde,  
vuelvo á casa un poco tarde...  
Hijo mio, ¡qué nublado!  
Empieza el «ya no me quieres;»  
«los que aman esto no hacen;»  
y lo de «¡para esto nacen  
las pobrecitas mujeres!»  
Y, chico, desde aquel dia,  
postrero de mi placer,  
mi mujer no fué mujer,  
sino un dragon, una harpia.  
Yo, huyendo la pelotera  
y ansiando una paz sin tasa,  
lo que no encontraba en casa  
iba á buscármelo fuera.  
Ella gozar anhelando  
se dió al mundo y á vivir,  
y sin dejar de gruñir,  
me está, chico, arruinando.  
De los lances más sencillos  
sospecha tramas infieles;  
me revuelve los papeles;  
me registra los bolsillos;  
y yo sin resolucion  
para romper el consorcio  
con un prudente divorcio,  
acepto esta situacion;  
y por vencer al destino  
sin dar una campanada,  
contra lo que ya me agrada  
triunfo y juego y me arruino.  
Ahí tienes mi historia negra.  
Resúmen: el matrimonio  
lo inventó el mismo demonio  
con ayuda de una suegra.

FELIX. Chico, chico, es celestial. (Con cierta envidia.)

Esa mujer te disculpa,  
y estás absuelto de culpa.

Tú de aqui no estarás mal. (Del corazon.)

MANUEL. Claro está: si asi no fuera  
yo adorara á esa maldita.

¡Me parece tan bonita  
cuando no busca quimera!

FELIX. Calla, calla.

MANUEL. Sí, es verdad.  
Estoy el marido haciendo.  
Vamos.

FELIX. ¿Adónde?

MANUEL. Corriendo.  
Hoy barrunto tempestad.

FELIX. ¿Mas no almorzamos aquí?  
Con tu mujer y la tia  
yo cumplir asi debia.

MANUEL. ¡Quiá! no, no: vente á Lhardy.  
¡Yo almorzar con ella! ¡Cá!  
Todo lo que más me pesa  
lo guarda para la mesa.

FELIX. ¡Hombre; pero estando acá!...

MANUEL. ¡Bah! Ya fraguará un complot.  
Si como ella no hay ninguna.  
Un dia me tiró una  
chuleta á la papillot.

FELIX. ¡Hombre! (Con envidia.)

MANUEL. Si es insoportable,  
si ni aun es persona humana.  
—Convidaremos á Juana.  
Esa sí que es chica amable.

FELIX. Eso no me tiene cuenta.  
Si no vá Inés es mal trato.

MANUEL. Bien, bien. ¿Y á la noche?

FELIX. Un rato  
se pasa al treinta y cuarenta...

MANUEL. Conque programa.—Lhardy,  
Casino, Juana é Inés,  
y despues...

FELIX. Despues... despues...  
¿Tienes tu sombrero?

MANUEL. Sí.

FELIX. Pues anda.

## ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUETA.

- ENRIQ. ¡Hola!
- MANUEL. (Caí.)
- ENRIQ. ¿Qué? ¿Los sombreros tomáis? (Callan.)  
¡Te vas? (Á Manuel.)
- FELIX. Sí.
- ENRIQ. ¿Y adónde vais?
- MANUEL. Al teatro. (Con atolondramiento.)
- ENRIQ. ¿Ahora?
- MANUEL. Sí.
- ENRIQ. ¿Pues qué? ¿Á la una hay funcion?
- MANUEL. (¡Oh! Soy digno de un bozal.)
- FELIX. Es concierto matinal. (Sonriendo.)  
Uno que toca el violon. (Por Manuel.)
- ENRIQ. Sí, sí. Ya se deja ver.  
¡Á no estar Felix delante...  
(Á media voz á Manuel.)
- MANUEL. ¿Ves esto? ya no hay aguante. (Á Felix.)
- FELIX. ¡Eh! ¡Chico! Vamos, mujer.  
(Colocándose entre los dos.)  
¡Á qué son esos enojos?

## ESCENA VIII.

DICHOS, MERCEDES.

- MERC. ¿Qué, os vais? (Con dulzura.)
- ENRIQ. Sin decir adios.
- MANUEL. (¡Esta es otra! Entre las dos  
nos van á sacar los ojos!)  
¡No, si es broma! Yo dejar...
- FELIX. No es broma, tengo un asunto  
que...
- MANUEL. (Calla.)
- MERC. (Sencillez.) Si lo pregunto  
por si os hemos de esperar.  
El almuerzo está...
- MANUEL. ¡Ah! pues sí!...

(Hombre, ayúdame.)

FELIX. Lo siento,  
pero, hija, en este momento  
tenemos que hacer y...

MANUEL. Y...

FELIX. Y esta disimulará... (Por Enriqueta.)  
porque los negocios...

MANUEL. ¡Pues!

FELIX. La deuda sin interés  
(Como metiéndolo á barato.)  
se dice que hoy subirá...

MANUEL. ¡Eso!

FELIX. Y con esta subida  
todo el papel del Estado.

MANUEL. Claro está. El consolidado... (Cerrando el puño.

FELIX. Pues, chico, ¿y la diferida?  
(Indicando con la mano la accion de deferir una  
cosa.)

ENRIQ. Serán cosas de gran monta;  
nada habrá que las iguale;  
mas lo que es Manuel no sale;  
y si esta no fuera tonta...

MERC. (Mujer, que hay gente.)

ENRIQ. (Que haya.)

Por tí se verá perdido. (Á Mercedes por Felix.)

MERC. ¿Pues yo mando en mi marido?

ENRIQ. ¿No has de mandar!?

FELIX. (Apaciguándolos.) Vaya, vaya.

## ESCENA IX.

DICHOS, CLARA.

Doña Clara aparece en el fondo derecha muy gozosa, con una  
tarjeta en la mano.

CLARA. Enriqueta, niña, ven;  
ven volando, que aqui está  
mosié Alfredo. (Váse.)

ENRIQ. (¡Oh!)

MANUEL. ¿Cómo? ¿Ya  
aqui ese títere? Bien. (Rápido.)

Ya sabes que no me gusta.

ENRIQ. Tampoco me gusta á mí (1a.)  
que tú salgas. ¿Estás?

MANUEL. Si.

ENRIQ. Pues vete: nada me asusta.

FELIX. Hombre, sí. ¿Te paras cuando  
tanta falta hace que vengas?

Chico, no las entretengas,  
que las estan esperando.

Mire usted que es fuerte empeño...

(Manuel no ha dejado de mirar á Enriqueta.)

—Hijo, que tiempo hay bastante  
de mirarla. ¡Habrás tunante! (Entre los dos.)

—No me pongas ese ceño. (Á Enriqueta.)

Se nos prepara hoy un dia (Á Mercedes.)  
tan sumamente ocupado...

Ahora, cuando aqui has entrado

Manuel el pograma hacia. (Á Enriqueta.)

(Movimiento de sorpresa y temor de Manuel.)

Al ministerio á activar  
lo del suministro. ¿Estamos?

(Mirada á Manuel.)

Un negocio en que nos vamos  
completamente á llenar.

Despues tras de hacerles mil  
cortesias á las mesas,  
ver unas cuantas traviesas...

MANUEL. (¡Hombre!)

FELIX. De ferrocarril.

En esto poco se embolsa,

es verdad; pero, hija, asi

un poco aqui y otro allí,

se pasa. Luego á la Bolsa.

Y en jugando una partida

con títulos por baraja,

diez mil duros á que hay baja,

veinte mil á que hay subida, (Rapidez.)

os vuelvo á unir á los dos.

Estás hoy fascinadora.

Adios, prima encantadora.

Ea, adios.—Adios, adios.

ENRIQ. ¿Conque nos vas á dejar?

MANUEL. ¡Ya ves! Aunque otro es mi anhelo...

FELIX. ¡Vamos!...

MERC. ¡Ah! Toma un pañuelo  
y no dejes de almorzar.

FELIX. ¡Bien!...

(Los apartes sigüentes casi simultáneos.)

ENRIQ. (Se ha de acordar de mí.)

MERC. (Con paciencia Dios me asista.)

MANUEL. (La voy á perder de vista.)

FELIX. (Me duele el dejarla asi.)

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

---

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

FELIX, MANUEL, ENRIQUETA, DOÑA CLARA. Doña Clara y Felix aparecen sentados cerca del velador, que está inmediato á la chimenea, y Manuel, de pié, apoyado en ésta. Enriqueta sentada al piano. Las bujias de los candelabros de la chimenea encendidas, como tambien las de los velarios del piano.

CLARA. Niña, que se está enfriando. (Por el café.)

ENRIQ. Tómenlo ustedes; no importa.

(Sin dejar de tocar.)

MANUEL. Esquisito: esto es café.

FELIX. ¿No es verdad? ¡Tiene un aroma!...

(Enriqueta toca el aria «Addio del passato» de la Traviata.)

Lo que es para cafetera

Mercedes se pinta sola.

MANUEL. (¡Pobrecita!

FELIX. ¿Empiezas ya?

MANUEL. Es contigo tan mimosa...

FELIX. Quita allá, que me das rabia.)

CLARA. ¿Secretitos?

MANUEL. No, señora.

FELIX. No, le decia que antes  
con el bocado en la boca

me iba al café. Pero un día,  
no recuerdo por qué ahora,  
tuve que quedarme en casa;  
y, amigo, me dió esa un moka  
tan rico, tan delicioso,  
que desde entonces no hay forma  
de arrancarme de esta casa,  
si antes café no se toma;  
y si cómo fuera, creo .  
que me falta alguna cosa.

MANUEL. No, no, y es que cada día  
es mejor.

FELIX. Lo perfecciona.  
Siempre está pensando en eso:  
es su orgullo.

CLARA. Porque es tonta.  
Tú no mereces que ella,  
por darte gusto, se ponga  
á ser casi una criada.

MANUEL. Cá, no, no, tia; así logra  
sujeto en casa tenerlo  
una hora más.

CLARA. —Niña, ¿tomas  
esa taza?

ENRIQ. Venga.

FELIX. ¿Al cabo  
triunfa el café de las notas?

CLARA. (Firme.) (Á Enriqueta.)

ENRIQ. Para todo hay tiempo.

MANUEL. Pues lo que es á mí me asombra  
que estando con tu Traviata  
te halles á venir tan pronta.  
Tú no puedes figurarte  
lo que esta criatura toca  
esa pieza.

ENRIQ. Y hago bien:  
me gusta.

CLARA. Y á más toda  
la gente que es *diletante*,  
quiero decir, *virtuosa*,  
le entusiasma la expresion,  
el sentimiento que brota

de los dedos de esta niña  
cuando en las teclas los posa  
para ejecutarla. Hoy  
se la ha oído una persona  
que entiende un poco de música,  
algo más que un poco; ¡toma!  
como que es francés...

FELIX. ¡Ah! entonces...

CLARA. Pues, nada, hijo, en una hora  
tres veces se la ha escuchado.

MANUEL. Ese no habrá sido el posma  
de Alfredito.

ENRIQ. Sí que ha sido.  
Ya ves, lo que te incomoda  
á otros les gusta.

MANUEL. ¡Tu mérito!...

ENRIQ. No; mas será el de la ópera.

CLARA. Eso sí; no es por ajarte.  
Mas ¡qué Traviata! no hay otra.  
Es verdad que aquel libreto  
tiene un interés que arroba—  
¡Qué último acto!

MANUEL. ¡Oh! sí, el último...

Lo que es á mí me enamora.  
—Figúrate que Violeta (Á Felix.)  
aparece en cama y sola  
tose que tose. La fámula  
oye la tos, se atolondra  
y llama al médico. Este  
pulsa, pregunta, inspecciona,  
y frunce el hocico, como  
si dijera en buena prosa:  
«amigo mio, esta chica  
se nos marcha por la posta.»  
Ella tose y él se vá.  
Entra el hombre que la adora,  
ella se lanza del lecho,  
—no te rias, lleva ropa,  
que por decencia se acuesta  
siempre vestida y con botas:—  
se abrazan: tose otro poco,  
y entre llantos y zozobras,

:

y entre ternezas y abrazos,  
echa el pulmon por la boca,  
y muere regenerada  
y vá derecha á la gloria.  
¡Todo esto cantado!

FELIX. ¡Hombre!

ENRIQ. ¿Sabes que aunque muy graciosa  
y muy picante y muy fina  
no me ha hecho gracia tu historia?

MANUEL. ¿Qué remedio!

ENRIQ. No contarla.

CLARA. Parece que te alborozas (Á Manuel.)  
aguarle los gustos. (¡Firme!) (Á Enriqueta.)

ENRIQ. Déjalo. Si es que le enoja  
hasta el ver que me distraigo.  
¿Quisieras verme llorosa  
devorando los ultrajes  
que recibo á todas horas?  
Pues no señor.

FELIX. Enriqueta...

MANUEL. Vamos, vamos...

CLARA. (Anda, tonta.)

ENRIQ. Ya hasta mis más inocentes  
distracciones te incomodan...

MANUEL. Tengamos la fiesta en paz...

ENRIQ. Y esto cuando me abandonas  
por entregarte á tus vicios;  
cuando en matarme te gozas.

MANUEL. Mujer, mira que hoy me tienes  
hasta aquí. No hagas que rompa,  
que eso te tiene más cuenta.

ENRIQ. Es que si á hablar me provocas...

FELIX. Vamos, vamos; sois dos chicos.  
Ir á armar una camorra  
por quitame allá esas pajas...

CLARA. Si él le pincha... Ella...

FELIX. Si es broma.

ENRIQ. ¿Pero no ves cuál se pone?

FELIX. Es un niño, y tú una loca.

CLARA. Es que así sucede siempre.

ENRIQ. Y esto ya no es vida.

FELIX. ¡Oiga!

¿Reniegas ya de las riñas  
y apetece otra cosa?  
Pues oye un cuento, y aplícalo,  
que, aunque de vieja, te importa.

—  
Era vez de un matrimonio  
como otros muchos del día:  
La mujer toda una harpia,  
el hombre el mismo demonio.  
Por «si me has hecho un desaire,»  
por «si aquellos te miraban,»  
todo el santo día andaban  
los bártulos por el aire.  
Ella, sin piedad ni miedo,  
lo ponía como un trapo,  
y él le daba cada lapo,  
hija, que cantaba el credo.  
Meter paz quiso el alcalde;  
no tuvo tanta ventura:  
acudió el lugar al cura;  
tampoco: todo fué en balde.  
El cuerpo de ella era un mapa  
cuya vista daba horror,  
y su cardenal menor  
podía pasar por papa,  
sin que el marido el *te absolvo*  
dijera que Cristo enseña,  
—aunque ya no hallaba leña  
con que sacudirla el polvo;—  
cuando héte aquí que un señor  
de peluquin y casaca  
—igual al que muelas saca  
á caballo y sin dolor,—  
llega á la aldea á vender  
cierto remedio eficaz  
para tener siempre paz  
entre marido y mujer.  
Oír decir que vendían  
tal manantial de concordias  
ella,—á quien ya las discordias  
de su casa le dolían,—  
(Haciendo la acción de sentir dolor corporal.)

é ir á la plaza anhelante,  
mas que al paso, á todo trote,  
á hacerse con algun bote,  
obra fué de un solo instante.  
—Hablabá el del peluquin:—  
«Teniendo en la boca un buche  
de este agua, no hay acebuche  
que al mas remoto confin  
del cuerpo se atreva ya.  
Si el marido se sofoca,  
diez minutos en la boca  
el buche y se calmará.  
¡Diez minutos! No haya error.  
Esta es la que se propina  
la emperatriz de la China  
cuando riñe el Gran Señor.»  
—Probó; y por tan cierto pasa  
como lo es la letania,  
que desde aquel fausto dia  
en aquella santa casa,  
—gracias al dichoso bote  
que cual reliquia se enseña,—  
ya no se almorzó más leña .  
ni se comió más garrote.  
Síntesis: den las mas foscas  
por respuesta... la callada.  
Moral: en boca cerrada  
jamás han entrado moscas.

ENRIQ. ¡Es decir que en nuestras riñas  
yo tengo la culpa toda  
por no callar!

FELIX. No sé.

MANUEL. Aplícalo.

CLARA. Pues, hijo, esta no es tan boba  
como la pobre Mercedes.

## ESCENA II.

DICHOS, MERCEDES.

MERC. En nombrando al rey de Roma...

- FELIX. ¿No se me guarda mi taza?  
Sí, hija mia, sí, perdona.  
Ahí la tienes con su azúcar,  
su cucharilla y...  
(Sirviéndole el café con extremada solicitud.)
- MANUEL. (¡Hipócrita!  
Compara.
- FELIX. ¡Sí! desfilemos.)
- CLARA. ¿Y el niño?
- MERC. Fuí una medrosa.  
Parada <sup>1</sup>—el médico—dice  
que hoy la calentura es corta.
- FELIX. Pues qué, ¿está?...
- MERC. Impertinentillo.
- FELIX. ¡Bah, bah! por nada te azoras.  
—¿Vamos á echar un cigarro (Á Manuel.)  
á mi cuarto?
- MANUEL. Sí.
- CLARA. Y nosotras (Á Enriqueta.)  
á ver si ha traído eso  
la modista.
- MANUEL. (¡Uy! ¡Pobre bolsa!)  
Vamos. (Á Felix.)
- ENRIQ. (Cuando hay gente extraña  
bien te luces á mi costa.
- MANUEL. ¡Mujer!...)
- ENRIQ. Anda, anda á fumar.
- MANUEL. (Échala un sermon y dómala.) (Á Mercedes.)
- MERC. (Vuelve, que tengo que hablarte.) (Á Manuel.)
- FELIX. (Que hoy vamos á hacer la gorda.  
Templa á tu mujer.) (Rápido á Manuel.)
- MANUEL. (Á Enriqueta, muy meloso.) Chiquita...

---

1 El autor de esta comedia no puede menos de consignar este nombre propio, que es el de un jóven médico de esta córte tan apreciable por sus excelentes dotes morales, como distinguido por su sólida instrucción en la noble y difícil ciencia que profesa. Á ello le mueve la amistad que le une con quien tan dignamente lo lleva, y la gratitud que le merece, porque, despues de Dios, ha debido su salud, y tal vez su vida, á su celo y sus conocimientos.

- ENRIQ. (¡Ya nos veremos á solas!)  
(Cogiéndole por el brazo.)  
—Voy, Clara. (Indicándole que le seguirá.)
- MANUEL. (¡Ó viudez, ó muerte!)  
(Al cielo, y llevándose la mano al brazo.)
- FELIX. (Este al fin se desahoga.)  
(Mirando con envidia á Manuel.—Antes habrá pasado adonde está Mercedes y la habrá acariciado.)
- CLARA. *O revuar*—hasta la vista.  
(Á un movimiento de Manuel, y váse.)
- FELIX. *A la bon her*—hasta ahora.  
(Burlándose de Doña Clara, y váse seguido de Manuel por el foro derecha.)

### ESCENA III.

MERCEDES, ENRIQUETA.

- ENRIQ. ¡Qué iguales son! ¡Qué igualitos!  
Por un cigarro nos dejan.
- MERC. ¡La costumbre! ¡Qué han de hacer?  
Desde niños los enseñan.
- ENRIQ. ¡Uy!... siempre la misma.
- MERC. Prima,  
hablemos de cosas serias.  
¿Qué has pensado de ese baile?
- ENRIQ. Mira, ya estaba resuelta  
á quedarme en casa.
- MERC. Bueno:  
No sabes cuánto me alegras.  
Porque, mira, no es que yo  
que des un mal paso tema,  
no. Pero, prima, ese Alfredo  
te rogó con tanta fuerza  
que no faltaras; estuvo  
tan pesado en su insistencia,  
y al rogarte te miraba,  
yo no sé, de una manera,  
que me parece,—perdona,—  
me parece que si fueras  
acudías á una cita.
- ENRIQ. ¿Qué estás diciendo? Tú sueñas.

- Alfredo... ¡Pobre muchacho!
- MERC. Bien, tú dirás lo que quieras.  
Pero, hija, tantas visitas...
- ENRIQ. Es muy fino.
- MERC. Si lo piensas  
verás lo que yo. He notado  
que se toma unas franquezas  
contigo...
- ENRIQ. Vamos, Mercedes,  
ves visiones, exageras.
- MERC. Y luego dale que dale  
con contarte las flaquezas  
de Manuel: yo no he creído  
ni una palabra, ni media,  
de cuanto ha dicho; mas pienso  
que aunque fuesen verdaderas,  
no estaba bien ir á darle  
á una señora esas nuevas  
de su marido.
- ENRIQ. Es mi amigo.
- MERC. Pues por lo mismo debiera  
hablar de otro modo. Mira  
qué pronto le até la lengua  
en cuanto fué á hablar de Felix.
- ENRIQ. Pero, hija, y aunque así sea,  
yo ¿qué he de hacer? No lo creo.  
Mas basta que un hombre sepa  
que su marido abandona  
á una mujer que no es fea,  
para creer que se halla  
autorizado á quererla  
y á decírselo. Yo, hija,  
¿quieres que me ponga sería  
porque zutano ó mengano  
me mira ó me galantea?  
¡No fuera poco ridículo!
- MERC. ¿Pero no ves que das pena  
á tu marido?
- ENRIQ. Que pene.  
¡Vaya! Que él en más me tenga;  
que lo haga ver, y no habrá  
un hombre que se me atreva.

- MERC. Hija, la desventurada  
que en nuestro estado se encuentra,  
á dar que decir al mundo  
más que ninguna está expuesta.  
«Su marido la abandona.»  
«Por qué será? Tal vez ella...»  
Y hay que andar con pies de plomo,  
porque si no... ya ves, cuentan  
lo que no es verdad.
- ENRIQ. Bien, sí.  
Mas yo, ¿qué he de hacerle?
- MERC. Piensa  
que tú más que él vas perdiendo.
- ENRIQ. Pero si un hombre me asedia...
- MERC. ¿Crées tú que á mí ninguno  
de amor me habló?
- ENRIQ. Enhorabuena.  
Ya ves que es de ellos la culpa.
- MERC. Pero, hija, la pena es nuestra.
- ENRIQ. ¿Y cómo evitarla?
- MERC. Haciendo  
lo que he hecho yo.
- ENRIQ. ¡Ah! Tú te encierras  
en tu casa por no oír...  
¡Chica, chica, eso es ser necia!  
¿Conque porque mi marido  
goce y triunfe y se divierta  
me he de convertir en monja  
y he de hacer mi casa celda?  
No faltaba más. ¿Qué premio  
te valdrá tal penitencia?
- MERC. Me valdrá que cuando Felix  
un día, que siempre llega,  
vuelva en sí y desée calma  
y ansíe la paz doméstica,  
vendrá á mí, y seré dichosa  
porque he sabido ser buena.
- ENRIQ. Comprendo. Cuando él sea viejo,  
cuando tú te encuentres vieja.  
¡Vaya un porvenir de rosas!
- MERC. Ahora sí que tú exageras.  
Ya á Felix de lo que hace

le remuerde la conciencia:

no tardará en ser muy otro.

ENRIQ. ¿Y en tanto que se resuelva?...

MERC. Paciencia.

ENRIQ. ¿Y si se arruina?

MERC. Paciencia.

ENRIQ. ¿Y si te desdeña?

MERC. Callar.

ENRIQ. ¿Y si quiere á otra?

MERC. Hija, callar y paciencia.

ENRIQ. ¿Y dices tú que le quieres?

MERC. Más que nunca.

ENRIQ. No lo creas.

La que cual tú se conforma

no puede querer de veras.

Eso es frialdad, no cariño.

MERC. ¡No digas eso, Enriqueta!

(Fuera de sí y con mucha energía.)

Cuando así traducen este

puro amor que mi alma llena,

noto que mi fé vacila,

siento que me faltan fuerzas!

ENRIQ. Prima, tú te has educado

en muy diferente escuela

que yo. Desde pequeñita

ya preferiste á la nuestra

la sociedad de tu ama

de leche, de aquella vieja

que Clara ver no podía.

MERC. ¡Oh! sí; pobre Magdalena.

De ella, aunque en hablar tan ruda,

aprendí yo esta sentencia:

«El ser buena es una ganga.

Para ser feliz ¡ser buena!»

## ESCENA IV.

DICHAS, MANUEL.

MANUEL. Aquí me tienes, Mercedes.

—Hola, ¿está contigo ésta?...

(Quiere hacerle una caricia.)

- ENRIQ. ¡Quita! Hueles á cigarro.  
MERC. (¡Mujer!)  
MANUEL. (¡Otra pelotera?)  
Me aparto.  
ENRIQ. No te molestes.  
Os deajo, porque me esperan  
para que el traje de baile  
que acaban de hacerme vea.  
MANUEL. (Y aquel varon pacientísimo  
á todo callaba.)  
MERC. (¡Intentas  
ir al baile?  
ENRIQ. ¿No he de ir?  
MERC. Haces mal.  
ENRIQ. Ya estás molesta.  
¿Te pido consejos yo?) (váse.)  
MANUEL. ¿Ves? ¿ves qué cara de fiera?

## ESCENA V.

MERCEDES, MANUEL.

- MERC. ¡Su carácter!... Quiero hablarte  
cabalmente para eso.  
MANUEL. ¿Vas á echarme una peluca  
tú tambien? Mira que tengo  
razon, que ya me rebosa  
por cima de los cabellos.  
¿No ves qué modo de irse  
cuando con tal mimo vengo?...  
MERC. Bien, Manuel; mas donde hay lucha  
no puede haber nada bueno,  
y entre dos lucha no existe  
si uno de los dos no es terco.  
MANUEL. Pero si soy un bendito.  
MERC. No tánto. Tú le das celos.  
Y eso agriándola el carácter,  
dá el resultado que vemos.  
¡No te santifiques!...  
MANUEL. Mas  
si cuando yo ni aun pretexto  
daba para que asi fuera

ya era así.

MERC. No disputemos...

MANUEL. Pero si yo...

MERC. Sí, sí, tú;

¡ya eres bueno!

MANUEL. Y más que bueno.

Ni hecho de encargo se halla  
un marido más completo.

Me estaba mirando en ella;

no tenía más deseos

que darle gusto... Porque

la quería con un fuego...

de una manera, Mercedes...

¿Qué la quería! La quiero.

A pesar de todo, estoy

tan amelonado y ciego,

que hay que tomar un trapito,

cogerme con mucho tiento

y echarme por la ventana.

MERC. Entonces, ¿por qué viviendo  
estás del modo que vives?

MANUEL. Hija, porque no hallo medio.

Si ella fuera como tú...

Pero, no señor. Que entro

un poco tarde... ¡camorra!

—que me marchó... ¡otra te pego!

y si toso, si estornudo,

si algo escribo, si bostezo...

por lo más pueril y tonto

armada ya la tenemos.

Mira, tomé la costumbre

de escribir en un cuaderno

lo que gastaba: ponía

café, teatro, vegueros...

etcétera. Las etcéteras,

hija, aquí se le pusieron; (En el entrecejo.)

y en un año no le oímos

mas que repetir con ceño:

«¿qué etcéteras serán estas

que cuestan tanto dinero?»

MERC. Ya ves. Tú mismo lo dices. (Sonriéndose)

Todo es de su amor exceso.

MANUEL. Será; mas yo no he nacido  
para encender tales fuegos.  
Si eso es querer demasiado,  
que se temple y quiera menos.

MERC. Pillito! Si tú estuvieras  
en tu casa...

MANUEL. Es que no puedo.  
No creas, no es por mi gusto.  
Es porque si en ello pienso,  
un dia cojo el revolver  
y me hago volar los sesos.

MERC. Manuel, mira: ella es así.  
¡De parte de quién creémos  
que debe estar la prudencia?

MANUEL. De... (Rápidamente.)

MERC. No: de la del más cuerdo.  
Esto es ir muy mal, Manuel.  
Ella es buena: yo lo veo;  
pero como tú estás siempre  
fuera de tu casa, y luego,  
por más que digas, la tratas  
con poco ó ningun afecto,  
ella se fastidia aquí  
y, Manuel,—piensa bien esto—  
la mujer que sólo hastio  
en los cuidados domésticos  
encuentra, no te diré  
que se incline á devaneos  
precisamente, mas cerca  
se encuentra ya de quererlos.

MANUEL. ¿Qué? ¡Tú sabes algo?....

MERC. ¡Quita! (Sonriéndose.)

No: sus instintos son rectos;  
conoce bien sus deberes...  
te tiene cariño; pero  
se fastidia.

MANUEL. El francesito...

Yo tengo escama hace tiempo...

MERC. ¡Qué disparate! Ni ese  
ni ninguno de los ciento  
que viendo que la abandonas  
la rodean, debe el sueño

quitarte. Mas es tan jóven,  
tan linda, con tal gracejo,  
que no puede su marido  
exponerla á las obsequios  
de los mil, que sus flaquezas  
le cuentan para hacer méritos.  
Fíгурate, qué desgracia  
para los dos, si por esto  
se le antoja al mundo un dia  
forjar de Enriqueta un cuento.  
Tú sin honra y en ridículo;  
ella blanco del desprecio,  
y hasta aquel pobre angelito,  
fruto del cariño vuestro,  
que os habeis dejado en Francia  
olvidado, si cual pienso  
vé á sus padres separados  
y sin bienes,—porque temo  
que al paso que vais los dos  
pronto llegará ese tiempo,—  
hasta aquel ángel vá á verse  
en vuestra desgracia envuelto.  
(Manuel se lleva una mano á los ojos y vá á contestar cuando oye á Felix y se queda ensimismado.)

#### ESCENA IV.

DICHOS, FELIX.

FELIX. ¡Hola! ¿Hay conferencias?  
MERC. Sí.  
FELIX. Te sermonëa. ¡Preciso! (Á Manuel.)  
MANUEL. No. (Secamente.)  
FELIX. ¿No? pues con tu permiso.  
—Oye: tienes por ahí  
(Á Mercedes, muy mimoso.)  
la llave del jardín?  
MERC. Creo  
que en mi cuarto. ¿Te la doy?  
FELIX. Hazme el favor. Quiero hoy  
llevarla, porque preveo  
que hemos de volver muy tarde.

Asi con más libertad  
vamos, sin necesidad  
de que nadie nos aguarde.

MERC. Bueno...

FELIX. ¡Manuel!

(Dándole en un hombro, como para sacarlo de su en-  
simismamiento.)

MANUEL. ¿Es decir (Tratando de disimular.)  
que hay otra puerta en la casa?

FELIX. Sí; por donde nadie pasa.  
¿No la has visto ahí al salir  
en la cerca?

MANUEL. ¡Ah! sí. Ya caigo. (Distraído.)

FELIX. Subimos; abro esa puerta  
(Señalando á la del pasillo del foro.)  
y á ninguno se despierta.

MERC. Conque, Felix, ¿te la traigo?

FELIX. Sí, hija, sí.

MERC. Pero venid  
prontito; ¿sí?

MANUEL. ¡Sí!

FELIX. Se hará  
lo posible. (Con cómica formalidad.)

MERC. Esto ya está  
casi fuera de Madrid...  
y de noche... Ya tú ves...  
Siempre tarde se retira. (Á Manuel.)  
—Mudémonos. (Á Felix.)

FELIX. No, no; mira,  
aunque el jardin chico es,  
¿piensas tú que vas á hallar  
casa con él en el centro?  
Tú no sales de aqui dentro  
y tienes que pasear.  
Que hay distancia? Me la zampo:  
y si no tomando un coche...

MERC. De dia bien; mas de noche...  
Esto linda con el campo...

FELIX. Y te asustas, ¡ya se sabe!  
No seas niña. Con el gas  
y los serenos á más...  
Anda, corre por la llave.

MERC. Bien. Voy á traerla y...  
á hacer al niño un cariño.  
(Como para recordárselo.)

MANUEL. ¡Qué madraza! (Contemplándola con envidia.)

FELIX. (Sonriéndose.) Siempre el niño.

MERC. ¡Se parece tanto á tí!  
(Bajando los ojos, y váse.)

## ESCENA VII.

FELIX, MANUEL.

MANUEL. ¡Ya ves! Compara.

FELIX. ¿Con qué?

MANUEL. Con todas, sin excepcion.

FELIX. ¿Hasta con tu Concepcion?

MANUEL. ¡Bah! No me hables de eso.

FELIX. ¿Eh?

Chico, ¿tú echas gravedad?

MANUEL. Estamos siendo dos pillos.

FELIX. ¡Pero tiene unos ojillos  
tan tunantes!...

MANUEL. ¿No es verdad?

FELIX. Y luego aquel contoneo,  
y aquel mimo y aquel trato...  
¡Vamos á pasar un rato!...

MANUEL. No, yo no voy.

FELIX. ¿No?... Te veo!

MANUEL. No, no: es que estoy decidido.

FELIX. ¡Ah! ¿vas á darte importancia?  
Pues la idea de ir á Francia  
¿de quién, gran tuno, ha salido?

MANUEL. De mí. Mas si me desuellas  
no voy ya.

FELIX. Pues si no vamos...  
te aseguro que quedamos  
ambos lucidos con ellas.

MANUEL. Modo habrá de que recobres  
tú con la tuya tu puesto.  
Lo que es á mí...

FELIX. ¡Y para esto  
plantar á las otras pobres!

- MANUEL. Chico, chico, harto han chupado.  
la Juana era doña Pido.
- FELIX. No, pues si yo me descuido  
me come Inés un costado!
- MANUEL. Pues, hombre, si aun te contristan  
no serás tú poco tonto.  
Si no las dejamos pronto  
nos dejan ellas *per istan*.  
Mira, aqui debo tener...  
(Buscando en el gaban.)  
—¿En dónde lo he puesto yo?  
¡Ah! la Juana me mandó  
(Dando con lo que buscaba.)  
este regalito ayer.  
(Una cuenta de modista.)
- FELIX. Hombre, sí: te sale cara.  
(Despues de ver el importe.)
- MANUEL. Y eso es los trajes, que luego...
- FELIX. Pero, chico, echa eso al fuego.  
Si tu mujer lo pillara...
- MANUEL. Calla, tonto, qué he de echar...  
¿Piensas tú que esto se aguanta?  
Esta cuenta, esa tunanta  
se la tiene que tragar. (Se la guarda.)
- FELIX. ¡Un trueno! chico, tú vales  
un Perú. Estoy á tu lado.  
Andando.
- MANUEL. Aunque bien pensado,  
como todas son iguales...
- FELIX. Hombre, eso no, las de ahora  
dignas son de que se aprecie...
- MANUEL. Bien: esas son de otra especie.
- FELIX. La mia es una señora.
- MANUEL. ¿Pues y la otra? ¡Una *mis*!  
Y de muy noble apellido.
- FELIX. Y hasta ahora, más no han pedido  
que ese viajillo á Paris.
- MANUEL. Sí; la verdad se confiesa.
- FELIX. Verás cómo nos desquitan  
estas. ¡Ya ves tú! ¡Nos citan  
al baile de la condesa!...
- MANUEL. Yo no voy.

- FELIX. Vaya si irás!
- MANUEL. No.
- FELIX. Pero ¿qué te ha pasado?
- MANUEL. Hombre, nada, que he pensado y me trasformo: no hay más.
- FELIX. Embustero... ¿qué has de hacer? (Riéndose.)
- MANUEL. No hay más remedio en lo humano.
- FELIX. ¡Muchacho!—Aquí anda la mano (Ocurriéndosele de pronto.) de mi señora mujer.
- MANUEL. Es verdad.
- FELIX. Si hablar la dejas...  
¿Pero cómo ha sido esto?
- MANUEL. No lo sé; pero me ha puesto coloradas las orejas.
- FELIX. ¡Cá! ¡Si no es anfibológica la niña!
- MANUEL. Y sus opiniones apoya en tales razones y con tal fuerza de lógica...
- FELIX. Ya conozco...
- MANUEL. Me ha hecho ver que, ó yo me aparto del vicio, ó que voy á un precipicio y á él arrastro á mi mujer; y, ó me convierto este invierno, ó paso la pena negra.
- FELIX. Á tí te lo digo, suegra, entiéndelo tú, mi yerno. (Señalándose.)
- MANUEL. Y en fin, que soy un truhan me ha demostrado con maña.
- FELIX. Nada, chico, no me extraña. ¡Si sabe más que Brijan! Aunque es así tan sencilla cuando una cosa repudia... yo no sé con quién estudia esta pícara chiquilla!
- MANUEL. Y luego, chico, el francés...
- FELIX. Bah! bah! no pienses en eso.
- MANUEL. Me escama; te lo confieso. Si ahora diera yo un traspies... Y esto tambien... ¿Qué dirias

(Indicando dinero.)

que me cuesta esta campaña?

FELIX. No sé.

MANUEL. ¡Yo que vine á España  
para hacer economías!

FELIX. ¿Qué? ¿Estás mal?...

MANUEL. ¿Mal? No. ¡Peor!

FELIX. ¡Pues tu mujer llevó un dote!...

MANUEL. Sí, sí, no tomó mal trote.

FELIX. ¿Y la tia?

MANUEL. Es un horror  
lo que tira. En cada moño  
gastar sabe un Potosí.  
Su último maravedí  
se fué en vestidos de otoño.

FELIX. Y aunque tronada se vé  
¿no se acorta? ¡Es mucha Clara!

MANUEL. Pues si yo la ahandonara...  
que no la abandonaré...

FELIX. Bien, bien, eso me complace;  
—aunque esa pícara vieja  
á tu mujer aconseja  
todo lo malo que hace.

MANUEL. Ya lo sé.

FELIX. ¡No, y tú tambien  
dices tanta patarata!  
Mientras más mal se les trata  
(Confidencialmente.)  
se les debe hablar más bien.  
—Como Enriqueta no es sorda...

MANUEL. Ni muda tampoco.

FELIX. Estoy.  
Mímala siempre, y más hoy  
que vamos á hacer la gorda.

MANUEL. No, chico, yo no me pierdo.

FELIX. Mas ¿qué dirán?

MANUEL. Lo que quieran.

FELIX. En el baile nos esperan  
para ponerse de acuerdo  
sobre el viaje y...

MANUEL. Sí, sí.

Mas no quiero más quimeras.

FELIX. Bueno, tú harás lo que quieras,  
mas yo me marchó sin tí.

MANUEL. ¡Á Francia?

FELIX. Á Francia. Á gozar;  
á no ver estas paredes,  
á vivir donde á Mercedes  
pueda un momento olvidar.

MANUEL. ¡Tener un ángel y huir!

FELIX. Lo sé, lo sé, mas tú ignoras  
que en mis más alegres horas,  
cuando ya comienza á hervir  
mi cerebro, que dormia  
de las copas al compás  
en los instantes que más  
me emberrenchino en la orgia,  
cuando todos allí son  
tan felices como cabe,  
¡su imágen dulce y süave  
viene á helar mi corazon!

MANUEL. Enmiéndate.

FELIX. (Con amargura cómica.) ¡Si! Ya baja.

MANUEL. Hombre, no seás chiquillo.

FELIX. Lo que entra con el capillo...

MANUEL. ¡Bah!

FELIX. Sale con la mortaja.

—Vaya, me voy á vestir.

(Sacudiendo las ideas anteriores.)

Acompáñame siquiera  
al baile. De esa manera  
te disculpas y...

MANUEL. Por ir...

mas como aquella no es manca,  
preguntará dónde vamos.

FELIX. Que á una junta contestamos.

MANUEL. ¿De frac y corbata blanca?

(Felix se para un momento á la salida de Manuel.)

FELIX. El tapa-bocas... asi...

(Haciendo la accion de cubrirse el cuello.)

y luego con los gabanes... (Id. el cuerpo.)

Ven.

CLARA. ¿Junta de rabadanes? (Saliendo.)

¡Pobres ovejas!

FELIX.

¡Oh! aquí

## ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA CLARA.

usté? (Adúlala, Manuel.)

—¡Qué jóven está esta noche!

(Á Manuel, por Clara.)

Es la rosa cuyo broche...

MANUEL. No, no, ¡es el fresco clavel!...

(Imitando el tono exagerado de Felix.)

CLARA. ¡Niña! (Llamando escamada al oírlos.)

ENRQ. Voy. (Dentro.)

FELIX. (Tu cara esposa.

(Á Manuel rápidamente.)

Huyamos del trueno gordo.)

CLARA. Aguardaos. (Queriéndolos detener.)

FELIX. (Hazte el sordo.) (Á Manuel)

MANUEL. Es el clavel...

(Marchándose, pero recelando de Clara.)

FELIX. ¡Es la rosa!...

(Vánse hablando entre si.)

## ESCENA IX.

DOÑA CLARA, ENRIQUETA, á poco MERCEDES.

Enriqueta aparece en la puerta derecha al desaparecer Felix y Manuel por el foro, y Doña Clara muy alarmada se dirige rápidamente á ella.

CLARA. ¡Esos tunos, hija mia,  
flores me han estado echando. (Fuera de sí.)

ENRIQ. ¿Y eso?... (Sin comprender.)

CLARA. Eso es que estan tratando  
de hacer una picardia.

No lo dudes. Vive alerta.

MERC. ¿Y Felix?

(Saliendo por la primera puerta izquierda. Trae una llave en la mano.)

ENRIQ. Ahora se ha ido.

CLARA. ¿Qué le quieres?

MERC. Me ha pedido (Viene llorosa.)

la llave de la otra puerta.

ENRIQ. ¿De cuál?

MERC. De la del jardín. (Muy preocupada.)

CLARA. ¿Ves lo que yo te decia? (Á Enriqueta.)

¿Y la tráes?

MERC. ¡Vaya, tia!

(Dejando la llave sobre un velador.)

¿Pues qué he de hacer? Esto al fin...

cuando medios que rebocen  
sus flaquezas van buscando,  
muestra que vamos ganando,  
pues ya que obran mal conocen.

CLARA. Tonta, más que tonta. Ahora

podrán entrar y salir,

sin dejar apercibir

cómo y cuándo y á qué hora!

Ríñela cual yo la riño. (Á Enriqueta.)

ENRIQ. ¿Estás llorando, mujer?

CLARA. ¿Qué tienes?

MERC. ¡Qué he de tener,

que se me muere mi niño!

ENRIQ. Su respirar era bronco...

CLARA. Es de llorar.

MERC. No, señora.

Ya el pobrecito no llora;  
se me ha quedado hecho un tronco.

CLARA. El médico...

MERC. Ya ha ido Pepa

por él.

CLARA. Eso no será

nada.

ENRIQ. Nada, sí.

MERC. ¿Sí?...

ENRIQ. (¡Ah!...

(Viendo la llave que ha dejado Mercedes en el ve-  
lador.)

No saldrá sin que lo sepa.)

(Guardándosela de manera que lo vea el público.)

—Pues nos quedaremos.

CLARA.

No.

¡Vaya! por una bobada...  
Eso al fin no será nada.

## ESCENA X.

DOÑA CLARA, ENRIQUETA, MERCEDES, FELIX, MANUEL.

- FELIX. ¿Se murmura? Aquí estoy yo.  
CLARA. ¿Qué? ¿Os marchais?  
(Felix y Manuel traen cubierta la corbata blanca con el tapabocas, y el frac con el gaban.)  
FELIX. Y á toda priesa.  
ENRIQ. Tú te tienes que quedar.  
(Á Manuel, con cierto aire.)  
MANUEL. ¿Sí?...  
ENRIQ. Nos has de acompañar  
al baile de la condesa.  
FELIX. ¡Uy!  
MANUEL. ¡Me dejó sin resuello!)  
ENRIQ. No he de ir sola con la tia.  
MANUEL. Es que... (Yo me quedaria;  
mas ir y que note aquello...)  
Hija, eso no puede ser.  
CLARA. Disculpa. (Casi á uu tiempo.)  
ENRIQ. Engaños.  
CLARA. ¡Parolas! (Id.)  
ENRIQ. ¿He de ir sola?  
CLARA. ¿Hemos de ir solas!?! (Id.)  
FELIX. ¡Eh! dejãos entender.  
Este iria. Sí, señor.  
—Pero está enfermo un amigo (De pronto.)  
y lo vá á velar conmigo.  
(Dáme la llave.)  
(Rápidamente á Mercedes. Esta-la busca.)  
CLARA. ¡Ay, qué horror!  
Ya halló por dónde escapar.  
ENRIQ. ¡Cá! Si éste tiene un cacúmen...  
FELIX. (No cedas.  
MANUEL. Aunque me emplumen.  
¡Irme entre ambas á zampar!)  
CLARA. Pues yo no sé que se use  
que siempre tan sola esté

una esposa.

FELIX. Diré á usted...

(¡Esa llave! (Á Mercedes.)

MERC. Aquí la puse...) (Aturdida.)

ENRIQ. Pues yo no me he de mostrar  
más en público sin tí.

MANUEL. Eso quiero yo.

ENRIQ. ¿Sí?

MANUEL. Sí.

Ya eso dá que murmurar.

CLARA. Pues nos das un gusto, hijo. (Rápido.)

MANUEL. Pues mayor le tengo yo.

ENRIQ. Pues nada, esto se acabó.

Lo quieres...

MANUEL. Es más, ¡lo exijo!

ENRIQ. Pues al tocador.

CLARA. (¡Si es broma!

Tratándolo á la baqueta

(Á Enriqueta, muy satisfecha.)

ya ves cómo se sujeta.)

MANUEL. No, yo hoy no puedo...

ENRIQ. ¿No? Toma.

(Dándole una cuenta.)

FELIX. (¡Eh! mujer, vamos, que espero.) (Á Mercedes.)

MANUEL. ¿Qué es esto? (Por la cuenta sin desdoblarla.)

ENRIQ. ¿No está á la vista?

La cuenta de la modista.

MANUEL. ¿La cuenta? (¡Adios mi dinero!)

Pues bueno, la pagaré,

(Después de ver la suma, y guardándosela en la fal-  
triquera interior del gaban, casi fuera de sí.)

y con diez mil de á caballo

dejadme!

(Enriqueta, Manuel y Clara siguen disputando acalo-  
radamente por lo bajo.)

FELIX. (¡Hija!... (Á Mercedes muy impaciente.)

MERC. No la hallo.

FELIX. ¡Hola!... ¡Empiezas tú?...

(Cada vez más incomodado con ella.)

MERC. ¿Yo? ¡Qué!...

(Sigue disculpándose.)

ENRIQ. Y no es eso solo, no.

Es que ahora mismo me visto  
y al baile voy.

MANUEL. (¡Jesucristo!  
¡Si algo huele!...)—No, es que yo...  
no te lo permito.

(Mercedes vuelve á buscar la llave y á escuchar á la  
puerta del cuarto en que se supone al niño.)

ENRIQ. ¿Qué?

CLARA. Pues irá.

MANUEL. Es que yo lo impido.

(Siguen hablando.)

FELIX. (¡La hallastes? (Tratando de reprimirse.)

MERC. No, la he perdido.)

FELIX. No quieres que salga ¿eh?  
¿Aprendes?...

(Señalando al grupo que forman Manuel, Enriqueta  
y Clara, que siguen disputando.)

MERC. ¿Dónde la he puesto?

(Queriendo recordar.)

Como el niño ha empeorado (Muy afligida.)  
tanto... no sé... me he atontado.

FELIX. ¿Conque el niño? Otro pretexto!  
¿Al cabo empiezas?

MERC. Perdon. (Maquinalmente.)

FELIX. Tú no te figurarás  
el gran gusto que me das.  
¡Ahora ya tengo razon!

MERC. ¡Oh!)

(Durante el aparte de Felix á Mercedes no han de-  
jado de disputar los del otro grupo.)

ENRIQ. Á vestirnos.

(Mercedes vá y viene á escuchar á la primera puerta  
izquierda: puede desaparecer por un momento.)

CLARA. Vamos.

MANUEL. Id.

Esto no hay ya quien lo aguante.

(Chico, á Paris al instante. (Rápido á Felix.)

FELIX. Hombre, ¡bravo! ¡eres un Cid!)

ENRIQ. Entéralo.

(Á Manuel, al notar que habla aparte con Felix.)

CLARA. No harás mal. (Con soflama.)

ENRIQ. ¡Que un hombre su ingenio emplee

en tal miseria!

MANUEL.

Hombre, lee.

(Sacando una cuenta del bolsillo.)

¡Me han gastado un dineral! (Dándosela.)

ENRIQ.

Di que tú furioso estabas...

CLARA.

Á ver. Dáme acá esa cuenta.

(Á Felix, quitándosela.)

«Por un vestido Magenta (Leyendo.)

»con cuello á lo Muley-Abas...

»Por un abrigo á lo rey

»de Nápoles en Gaeta...»

—Dí, ¿te has hecho tú, Enriqueta,  
un Nápoles y un Muley? (Fuera de sí.)

ENRIQ.

¡Yo! ¿Cómo? Á ver: dáme acá.

FELIX.

¡Ay! ¡le has dado la de Juana! (Riéndose.)

MANUEL.

¡Jesus!

(Desesperado y llevándose las manos á la cabeza.)

ENRIQ.

«¡Juana Cruz!...» (Leyendo.)

CLARA.

¡Villana!

Alguna tunanta. (Rapidez.)

ENRIQ.

¡Ah!...

¿Conque así el dinero empleas  
de que tanto y tanto cuidas?

¿Conque das á esas perdidas  
y á tu mujer regateas?

MANUEL.

¡Mujer, déjame!

(Muy movido todo y rapidez hasta el final.)

CLARA.

¿Dejar! (Por el otro lado.)

Conque ella no toca pito...

ENRIQ.

No, no; lo que aquí está escrito

(Por la cuenta.)

me lo tienes que pagar.

CLARA.

Si, señor.

ENRIQ.

Y en el instante. (Casi á un tiempo.)

CLARA.

Una esposa...

ENRIQ.

Una mujer... (Id.)

CLARA.

Tiene el derecho...

ENRIQ.

El deber...

CLARA.

Si esta tuviera un amante...

MANUEL.

¡Callad, callad, ó reviento!

(Queriendo separarse de ellas.)

CLARA.

¡Oh! (Sofocada.)

- ENRIQ. ¡Conque despues de todo  
áun me tratas de ese modo!
- CLARA. ¡Jesus!
- FELIX. Aquí de mi cuento.  
(Toma el vaso del *verre d'eau*.)  
¡Un buche!  
(Presentando cómicamente el vaso lleno de agua á  
Enriqueta.)
- ENRIQ. ¡Y hay quien lo escuche!  
(Por Manuel, rechazando á Felix bruscamente.)
- FELIX. ¡Tia?... (Presentándole el vaso.)
- CLARA Aparta. (Furiosa.)
- FELIX. ¡Igual las dos?  
Hijo, todo sea por Dios: (Á Manuel.)  
á tí te ha tocado el buche.  
(Presentándole el vaso.)
- MANUEL. ¡Quita! (Pasa á otro lado.)
- FELIX. (Bebe y callarán.) (Con energia cómica.)
- MANUEL. Vaya para dentro. (Cómica resignacion, y bebe.)
- ENRIQ. ¡Toma! (Fuera de sí.)  
¡y lo estan echando á broma!
- CLARA. ¡De misas se lo dirán!  
(Manuel continúa inmóvil con los carrillos inflados por  
el agua.)
- ENRIQ. Dí, ¿te parece que vale  
más que yo?  
(Manuel significa con la accion que no puede hablar.)
- CLARA. Contesta, dí.  
(Cada uno por un lado.)
- ENRIQ. ¿Te mofas? (Ya ciega de cólera.)
- CLARA. ¡Dices que sí!  
(Manuel vá poco á poco echándose para atrás.)
- FELIX. ¡No te rias, que se sale!  
(Felix hace que le limpia á Manuel la boca con el pa-  
ñuelo, y lo empuja hácia la puerta foro derecha des-  
pues de darle el sombrero.)  
¡Anda!
- ENRIQ. y CLARA. (Á un tiempo.)  
¡Pues sí es regular  
(Ciegas de cólera y obligándole á ir para atrás por lo  
movido de la accion.)  
que trates á tu mujer

de este modo, vas á ver  
cómo ella te vá á tratar!

(Manuel, siempre con los carrillos inflados, se marcha seguido por ellas, que siguen hablando á un tiempo dentro hasta que caiga el telon.— Felix suelta la carcajada al verlos partir. y vá á seguirlos; de pronto se detiene y lanza una mirada á Mercedes, que permanece inmóvil cerca de la primera puerta izquierda. Vacila un momento y lanza de nuevo la carcajada y váse. Siguen las voces dentro. Mercedes, al ver partir á Felix, da involuntariamente algunos pasos hácia el foro, baja al primer término en la mayor desolucion; y dice los dos últimos versos, haciendo antes un esfuerzo y como contestando á otras ideas.)

MERC. ¡Los ojos cierra á la luz! (Rapidez.)  
¡Va á gozar mientras yo muero! (Váse Felix.)  
—¡Y sin embargo le quiero... (Arranque.)  
y seguiré con mi cruz! (Mucha energia.)  
(Siguen hablando dentro y se oyen tambien las carcajadas de Felix. Estos cuatro versos finales pueden suprimirse en la representacion y suplirlos Mercedes con la accion.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

La decoracion de los anteriores.—Noche.

### ESCENA PRIMERA.

MERCEDES, despues DOÑA CLARA y ENRIQUETA. \*

MERC. ¡Las dos ya!

CLARA. Nada, Enriqueta. (Dentro.)  
No vuelvo á bailes contigo. (Saliendo.)

MERC. ¡Hola! ¿de vuelta tan pronto?

ENRIQ. (¡Aun levantada!)  
(Contrariada. En la puerta del foro)

CLARA. ¡Preciso!  
¡Si es mucha niña esta niña!  
Ha empezado con el pio  
de volverse á casa, y nada,  
á lo mejor me ha traído.

MERC. ¿Estás mala?

CLARA. ¡Qué ha de estar?  
Es que vive de caprichos.

ENRIQ. No, Clara, no estoy muy buena.  
Siento un cansancio, un fastidio...

CLARA. ¡Á tus años en un baile  
fastidiarse! Es inaudito.

MERC. Pero si no estaba buena...

CLARA. Mire usted que es mucho tino  
marcharse en aquel momento.

MERC. ¿Estaba el baile lucido?

CLARA. *Bursuá*, hija mia, *bursuá*.  
No es por el baile mi dicho.  
Figúrate que llegaron  
tu Felix y Manolito.

MERC. ¡Ah!... ¿Felix?...

CLARA. Sí, divirtiéndose  
muy amable, muy rendido,  
muy coqueton... Ya sabrás  
lo que ha hecho allí, lo que he visto.

MERC. Tía, perdóneme usted;  
mas si lo que allí ha ocurrido  
no hace favor á mi esposo,  
mejor me estará no oirlo.

CLARA. Bien; con tu pan te lo comas:  
yo de tí ya he prescindido,  
mas de ésta no, y lo que ha hecho  
—te lo confieso— de fijo  
una enfermedad me cuesta.

ENRIQ. Pero si él nada ha advertido;  
si es que te haces ilusiones.

CLARA. ¡Qué ilusiones! Á esta elijo  
por juez.

ENRIQ. Bien, bien; lo que quieras.  
Es asunto concluido.  
Vamos á dormir y...

CLARA. No;  
no quiero que como á un chico  
se me trate. Tú bailabas  
y verlo bien no has podido.  
Yo no le he quitado ojo.  
Está furioso contigo.

MERC. Pero quién?

CLARA. ¿Quién ha de ser?  
Su marido.

MERC. ¡Su marido!

ENRIQ. Se empeña en que tiene celos.  
Es un empeño ridículo.

MERC. ¡Jesus!

CLARA. Pues sí que los tiene;  
y lo digo y lo repito.  
Cuando por la quinta vez

á sacarte Adolfo vino,  
le ví morderse los labios.

MERC. Bien; ¿pero tú has consentido  
en bailar con ese hombre?

ENRIQ. Sí, cuatro veces ó cinco.

MERC. ¡Ay, prima! ¡qué mal has hecho!  
Perdona si me permito  
reprenderte; pero ahora  
como nuestra tia opino.

CLARA. Claro; y si á cien lo preguntas,  
los cien te dirán lo mismo.

MERC. ¡Hacer que dude de tí  
el hombre á que te has unido!  
Ya verás cuántos disgustos  
træe ese paso consigo.

CLARA. ¡Pues! Como vé que te alejas  
al punto en que has conocido  
que aquello le disgustaba,  
se quedará tan tranquilo.  
Ya ¿qué te costaba, tonta,  
esperar otro ratito  
y dar otro par de vueltas  
con Alfredo?

MERC. ¡Tia!

CLARA. ¡Has visto  
qué muchacha! Si hace esto,  
ya le tiene aqui rendido  
de rodillas suplicándole  
que perdone su extravio.  
Comenzaba á tener celos;  
flaqueaste, te has perdido.

MERC. Pero, tia...

CLARA. Con los hombres  
¡firmeza! No hay más camino.

ENRIQ. Bien, Clara, bien; acostémonos.

MERC. No, no; por Dios te lo pido.  
Espera á Manuel; refiérole  
de cuanto has hecho el motivo.  
Dile... dile la verdad,  
que es lo mejor; que has creído  
que despertando sus celos  
te ganabas su cariño.

Y dile que te perdone,  
porque por más que haya sido  
tu intencion buena y laudable,  
le faltas, ¡le has ofendido!

CLARA. No me queda más que oír. (Escandalizada.)

¿Conque, cuando yo le riño  
por lo que dejó de hacer,  
tú repruebas lo que hizo?

¿Conque aun te parece poco  
lo que esta pobre ha sufrido?

No digo yo porque baile  
con mengano ó zutanito,  
que en eso nada le ofende;  
mas si ésta no hubiese sido  
buena cual es, si no hubiera  
tenido siempre consigo  
quien al bien la encaminase  
—que de eso yo me glorio,—

y fuera lo que otras muchas,  
¿quién, dime, habria tenido  
la culpa? ¿El que la abandona  
por entregarse á sus vicios,  
ó la víctima inocente  
que juguete del destino,  
sin guia y sin experiencia,  
cayese en un precipicio?

¿Él mismo no dá el ejemplo?

¿Sí? Pues cúlpese á sí mismo.

MERC. Tía, hablemos de otra cosa.

ENRIQ. (No acabarán, ¡qué suplicio!)

CLARA. No: si quiero que contestes.

En el caso que te he dicho,  
¿á quién culpas? ¿Él no ha dado  
el ejemplo y el motivo?

MERC. Tía, á mis ojos jamás  
disculparán extravios  
de una mujer que se estime,  
deslices de su marido.

CLARA. Pero él, ¿no le dá el ejemplo?

MERC. ¿Y quién le manda seguirlo!

CLARA. ¿Él no comete un perjurio?

MERC. ¿Y á lo que encuentra usted digno

de vituperio en el hombre,  
va usted á hallar paliativo  
en la mujer, cuya honra  
es un cristal quebradizo!  
Los extravíos de un hombre,  
¿infaman nunca á sus hijos?  
Tia, tia, aun suponiendo  
—y aun suponerlo resisto—  
que el desliz de un mal esposo  
justificara el delito  
de su mujer, nunca hallara  
yo suficiente castigo  
para la que infamia imprime  
en el inocente niño  
que dentro de sus entrañas,  
ser de su ser, ha vivido!

CLARA. ¡Y no hay pasiones? La triste  
á quien tratan con desvío,  
¿no pudiera enamorarse?

MERC. No, señora, ni eso admito.  
Idea que dentro un pecho  
no se acoge con cariño  
y se halaga, nunca toma  
de aquel pecho el señorío.  
Amor que crece, es porque  
halagado fué al principio;  
matárasele naciente  
¡y nunca hubiera crecido!

CLARA. ¿Y qué dirás de ese amor  
que aun se oculta de sí mismo?

MERC. Que corazones que tienen  
para esos amores sitios  
donde puedan esconderse,  
son corazones podridos.  
Que el corazón de una esposa  
debe ser, señora, un libro  
donde todo cuanto sienta  
pueda leer su marido!

ENRIQ. ¡Qué severidad, Mercedes!

CLARA. Tú no marchas con el siglo.  
Pues sabe que...

ENRIQ. Vamos, Clara.

¿No ves que es tiempo perdido  
el que gastas con Mercedes?  
Ella tiene sus principios...

CLARA. Asi tendrá el fin.

ENRIQ. Bien, déjala,  
y á dormir. Yo siento un frio...

CLARA. Pues tira del llamador.

ENRIQ. ¿Para qué?

CLARA. ¿Estás en el limbo?  
Para que vengan las chicas  
á desnudarme.

ENRIQ. ¡Ay, Dios mio!  
Si al entrar les dí á las dos  
(Con fingida sencillez )  
para acostarse permiso.

CLARA. ¡Bien! ¿Y quién va á desnudarme?

MERC. Yo, tia.

CLARA. Tienes un tino... (Á Enriqueta.)

MERC. Se levantan tan temprano...  
—Despues que haya concluido (Á Enriqueta.)  
con la tia, iré á tu cuarto  
á prestarte igual servicio.

ENRIQ. Eso no, ni que lo pienses. (Rápidamente.)

MERC. Pero...

ENRIQ. No te lo permito.  
Lo que harás será acostarte,  
ó creeré que tu marido  
hace que en vela le esperes.

MERC. Pero si esto es por mi hijo.

CLARA. ¿No ha mejorado?

MERC. Eso dicen;  
pero está tan palidito...

CLARA. Vamos, tú vas á matarte.

ENRIQ. Ó te acuestas, ó reñimos.

MERC. Bien, bien, me recogeré  
si sigue durmiendo el niño.

No te exaltes.—¿Vamos, tia?

CLARA. Sí, que el corsé maldecido  
me está triturando.

ENRIQ. (¡Ah!...) (Se sienta al piano.)

MERC. Toma.

(Dándole un candelero á Enriqueta.)

- ENRIQ. Voy, voy. (Tocando algunas notas.)  
CLARA. ¡Qué haces?  
ENRIQ. Repito  
estas notas, que no quiero  
olvidar.
- CLARA. ¡Sí, tus caprichos!  
¿Y aquel afán de acostarte?  
ENRIQ. Si voy ya.—Que no permito  
que vuelvas.
- MERC. Bueno.  
ENRIQ. ¿No guardas  
contra mí algún rencorcillo  
por mis riñas?
- MERC. ¡Yo, Enriqueta?  
ENRIQ. Pues un beso y á dormirnos.  
MERC. Adios.  
ENRIQ. Ea, hasta mañana.  
CLARA. *Bon nuit.*  
(Enriqueta se vá, por la puerta derecha, y Clara y Mercedes por la segunda izquierda.)
- ENRIQ. ¡Se fueron! Respiro.  
(Presentándose de nuevo en la puerta.)

## ESCENA II.

ENRIQUETA.

Apenas han desaparecido cuando vuelve á salir con mucha precaucion.

Temí que no me dejaran.  
¡Qué ansiedad! No hay otro sitio  
por donde pase, y creia  
que del rostro en lo intranquilo  
leyendo estaban mi angustia.  
—Ni el mas ligero ruido (Con cierta envidia.)  
viene á turbar el sosiégo  
de esta casa.—¿Por qué tímido  
late el corazon? Mercedes  
hace poco que se ha ido  
y aun tardará. ¿Mas si acaso  
se despertara su hijo?...  
—No, tan igual como dulce (Escuchando.)

su respiracion percibo  
que llega á mí. Duerme el sueño  
angelical de los niños.  
Tambien yo así he reposado,  
yo tambien así he dormido. (Con amargura.)  
¡Ya no!—Vamos.

(Se dirige al foro resueltamente.)

MERC. ¡Enriqueta!  
ENRIQ. (¡Oh! Mercedes! ¡Me he perdido!)

### ESCENA III.

ENRIQUETA, MERCEDES.

MERC. ¿Te has puesto mala?  
ENRIQ. No, prima.  
MERC. ¿Qué tienes?  
ENRIQ. (Nada sospecha.)  
No sé: un mareo, un vahido...  
MERC. Estás pálida; estás trémula.  
¡Oh!... ¿por qué no me has llamado?  
ENRIQ. Temí darte una molestia,  
é iba á ver si el aire libre...  
MERC. Yo abriré.  
ENRIQ. ¡No! no, estoy yerta.  
MERC. La reaccion.—Voy por azahar.  
ENRIQ. Si ya pasa, si estoy buena.  
MERC. Á ver, dame acá esas manos.  
Tienes razon, ya no tiemblas.  
ENRIQ. ¡Eh, pues vete á recoger,  
que tienes unas ojeras!...  
MERC. ¿Y si vuelves á estar mala?  
ENRIQ. ¡Bah!  
MERC. Con todo, ser<sup>o</sup> pudiera.  
ENRIQ. Vete ó me enfado.  
MERC. Parece  
que te estorbo.  
ENRIQ. ¡Tú! ¿Eso piensas?  
MERC. Si deseas estar sola...  
ENRIQ. ¡Yo! (¡Me vende la conciencia!)  
¡Sola! ¿Y para qué, Mercedes?  
MERC. ¡Ay, hija! yo sé de penas.

Engañarás á la tia  
—¡que nunca lloró!—con esa  
exterioridad alegre,  
mas no, prima, á la que cuenta  
años enteros de llanto.

Vamos, sé franca; confiesa.

Tú tienes algo, algo grave,  
que me ocultas. Esa fiesta...

ENRIQ. ¡Ay, sí, Mercedes! ¡Qué noche!  
Haces bien cuando te encierras  
en tu casa con tu hijo.

Aqui puedes sin reserva  
llorar; aqui nadie viene  
á dar pábulo á tu pena.  
Ayer lástima me dabas;  
hoy me das envidia.

MERC. Cesa;  
tú tambien tienes un hijo.

Esposa sin dicha, aun queda  
el ser madre venturosa.

Sí, sí, aun es tiempo, Enriqueta.

ENRIQ. ¡No, no; ya es tarde, muy tarde,  
más tarde de lo que piensas!

Cuando se está en la pendiente  
de un abismo, no hay manera  
de retroceder. El vértigo,  
no la voluntad, nos lleva.

MERC. ¡Qué dices?

ENRIQ. Tú vivir sabes  
en tus tareas domésticas;  
yo no: tú sabes ser madre;  
yo fié á manos ajenas  
el hijo de mis entrañas,  
no bien vió la luz primera.

Yo, pues, comprender no puedo  
esas delicias que encierra  
la maternidad. Tú, el dia  
que Felix á tu amor vuelva  
esperas amante. Yo  
no sé si desée ó sienta  
que Manuel torne á quererme,  
ni estoy segura siquiera

de si le amo ó le aborrezco;  
porque aunque de él celos tenga,  
el amor propio ofendido,  
no el cariño, los alienta.  
Nada tengo aqui: por eso  
corro á aturdirme á esas fiestas;  
por eso brillar ansío;  
opio busco que me aduerma.

MERC. ¡Me das miedo!

ENRIQ. Y ¿sabes tú  
qué consuelo encuentro en ellas?  
Óyelo.—Apenas llegado  
Manuel, á una aventurera  
—á una mujer de esas muchas  
á quienes sin darse cuenta  
nadie de por qué se admiten  
donde nunca entrar debieran—  
se acercó; toda la noche  
á mi vista, en mi presencia  
con ella ha estado. He querido  
darle ofensa por ofensa:  
he bailado con Alfredo,  
de quien sé que en otra época  
tuvo celos.

MERC. Y ese hombre... (Muy sobresaltada.)

ENRIQ. Bien diga verdad, bien mienta,  
há tres años que me jura  
que me adora.

MERC. ¿Y tú toleras?...

ENRIQ. Mercedes, lo que he sabido  
me tocaba muy de cerca  
para escuchar sus amores.  
—¡Felix y Manuel nos dejan,  
nos abandonan!

MERC. ¡Qué dices?

ENRIQ. Á mí mi esposo por esa  
mujer; por otra á tí el tuyo,  
que vale aún menos que ella.

MERC. ¡Cómo? ¡No! Esas son calumnias  
de ese hombre, que audaz intenta  
tu perdicion.

ENRIQ. ¿Y si Alfredo

- MERC. diese de su dicho pruebas?  
¡Cómo?
- ENRIQ. ¿Te ha dicho á tí Felix  
que en la embajada francesa  
dejó para registrarlos  
dos pasaportes en regla  
para París?
- MERC. No.
- ENRIQ. Tampoco  
Manuel á mí; y uno era  
para él.
- MERC. Y ¿quién te asegura  
que ese Alfredo no lo inventa?
- ENRIQ. ¿Necesitas verlos?
- MERC. Sí.
- ENRIQ. Los verás.
- MERC. ¿De qué manera?
- ENRIQ. ¿Y qué importa el cómo? Alfredo,  
que amistades tiene estrechas  
en la legacion, ha ido,  
pretextando que interesa  
la prontitud, á traérmelos.
- MERC. ¡Oh! ¡Dios mio!
- ENRIQ. ¿Quieres pruebas?  
Las tendrás mañana.
- MERC. ¡Ah!  
Pero que ese hombre no venga.  
Si tras de lo que ha pasado,  
tu marido aqui le encuentra...
- ENRIQ. No, yo haré que no le encuentre;  
ya lo he pensado, no temas.
- MERC. ¡Irse! (Tras de una leve pausa.)
- ENRIQ. ¿Te vas con tu niño?
- MERC. Aun no. (Maquinalmente.)
- ENRIQ. (Alejemos sospechas.)  
—Pues, hija, yo ya no puedo  
tenerme de pié.—Que duermas.
- MERC. Adios.—Si me necesitas...
- ENRIQ. Bien.—(Esperemos.) (V áse.)

## ESCENA IV.

MERCEDES.

¡Paciencia!

¿Y si se marcha con otra?

(En un arranque de duda.)

¿de qué me sirve tenerla!

—De hacer lo que Dios me manda.—

(Como contestándose.)

—Señor, mis hombros flaquean

bajo el peso de esta cruz:

fé... la tengo; ¡dame fuerzas!

## ESCENA V.

MERCEDES, FELIX.

FELIX. (¡Pobrecilla! Está esperando.

(En la puerta derecha del foro.)

Ella en vela, mientras yo...)

—¿Qué tienes, hijita!

(Llegando de puntillas adonde ella está.)

MERC.

¡Oh!

¡Felix mio!

FELIX.

¡Estás llorando?

MERC.

¿Yo? No.

FELIX.

Pues se me figura...

MERC.

Estas lágrimas no amargan.

Es que... los ojos se cargan

de mirar á la costura.

FELIX.

¡Pero, señor! Nada, bien.

Tú no haces caso de mí.

MERC.

No digas eso.

FELIX.

Sí, sí.

MERC.

Vamos, siéntate aquí: ven.

FELIX.

Pero, hija, ¿ha de ser en vano

que tus malos ratos sienta?

MERC.

¡Deja eso! ¡Estoy tan contenta

de que vuelvas hoy temprano!...

FELIX. ¿Y qué hacías? (Esquivando contestar.)

MERC. Daba fin (Sonriéndose.)

á una gran obra. Esto hacia.

(Mostrándole una prenda de niño.)

FELIX. ¡Bien! (Con gravedad cómica.)

MERC. Lo vá á estrenar tu día

nuestro pobre chiquitin.

—Está mejor. ¿Sabes? (Con extremada alegría.)

FELIX. (¡Oh!

¡Y yo ni aun he preguntado!...)

MERC. Vivirá. Ya no hay cuidado.

FELIX. ¿Conque lo ha habido! (Conmovido.)

MERC. Sí.

FELIX. Y yo...

(Con desprecio de sí mismo.)

Vamos, no me lo perdono.

MERC. ¡Mas si todo ha concluido!

—¡Ay, si vieras! le ha salido (Loca de alegría.)

un dientecito tan mono!

FELIX. ¿Sí? ¡Yo lo quiero mirar! (Fuera de sí.)

MERC. (¡Es padre aún! ¡Se salvó!) (Con suma alegría.)

FELIX. Anda, vamos.

MERC. Ahora no,

(Deteniéndole cariñosamente.)

que le puedes despertar.

FELIX. Tienes razon.

MERC. Luego, sí.

¡Pone una carita al verte!

FELIX. Habla bajo... no despierte.

MERC. (¡Cuida de él!—¡No huye de mí!)

—Y dí, ¿tienes sueño tú?

FELIX. No, mujer; pero he pasado

gran rato en un endiablado

garito de Belcebú,

(Como avergonzado y tratando de endulzar lo que tiene que confesar á Mercedes.)

y no sé si el ponche ó...

ó la atmósfera, ó el juego,

ó cierto desasosiego

con que siempre vuelvo yo

á casa tras de jugar,

—porque sé que no es tu gusto—  
me ha producido un disgusto...  
una cosa... un mal estar...

MERC. Te haré una taza de té. (Con solicitud.)

FELIX. ¿Molestarte? ¡Qué bobada!

MERC. Pero si no cuesta nada.

FELIX. Déjalo, tonta.

MERC. No. ¡Qué!

(Tomando la maquinilla y colocándola en el velador  
de la izquierda.)

FELIX. Como quieñas.

MERC. Ya verás

(Tomando la botellita del *verre d'eau*, para poner el es-  
píritu de vino en el recipiente.)

qué pronto...—No, no lo llenes.

(Felix le quita la botellita de la mano y empieza á  
verter el espíritu.)

Dame un fósforo.

FELIX. Ahí lo tienes.

(Mirándola con ternura.)

MERC. (¡No le he visto así jamás!)

(Enciende el fósforo y vá á aplicarlo al espíritu.)

FELIX. Chica, que cuando se inflame

(Apagándole el fósforo y dándole un beso en la mano.)  
te quemarás.

MERC. No seas loco...

FELIX. (¡Tan dichosa con tan poco!

Y está bonita.)—Á ver, dame;

(Al ver que vá á encender otro fósforo.)

yo en eso tengo más práctica.

MERC. Felix, tú saber no puedes

(Felix le tiene cogida la mano.)

el bien que me haces.

FELIX. ¡Mercedes!

(Con arrebató.)

—(Tu, tu, tu, tu; adios mi táctica.)

(Separándose.)

MERC. Al verte así tan casero,

recogido ya á esta hora...

FELIX. (¡Y cómo le digo ahora

que he venido por dinero!)

—Á poca cosa bien llamas;

mas si esto lo es para tí,  
(Con cierta frialdad estudiada.)  
siempre lo haré.

MERC. ¡Ay, sí, sí, sí!

Hazlo, Felix, si me amas.  
Aqui en tu casa los dos  
tranquilos, sin un mal gesto...  
¡Parece que para esto  
hizo el matrimonio Dios!

FELIX. Sí, mira. Con tal que venza  
yo mi condicion viciosa...  
Ahora mismo... hay una cosa  
que... vamos... me dá vergüenza  
tenértela que decir.—  
¿Tú has creido que ya vengo  
de retirada? Pues tengo  
(Haciéndole una caricia.)  
ahora mismo que salir.

MERC. ¡Sí?—Bien; ¿qué le hemos de hacer!  
Y por esos callejones  
tan desiertos... Si hay ladrones...

FELIX. ¿Y mi revolver, mujer? (Sonriéndose.)

MERC. Eso es verdad, pero al fin  
vas solo y quedo temblando.

FELIX. Si Manuel me está esperando  
en la puerta del jardin.

MERC. ¿Y vá armado?

FELIX. Sí, tambien.

MERC. ¡Pero por qué no ha subido!

FELIX. ¡Pche! tu prima y su marido,  
chica, no se llevan bien.  
Él es cierto que de vándalo  
tiene algo más que de fraile,  
pero esta noche en el baile  
ella ha dado tal escándalo...  
que con razon, á mi ver,  
él donde ella está no entra,  
porque teme, si la encuentra,  
no poderse contener.  
¡Ya ves! bailar y bailar  
con un hombre que no agrada  
á su esposo una casada,

y él mirarlo y aguantar,  
y en torno ver sonreír  
con malicia á cierta gente,  
y aun oír á un maldiciente,  
y tenerlo que sufrir  
por no armar una querrela  
que mancille más su nombre,  
es para matar al hombre  
¡y aun para matarla á ella!

MERC.

¿Pero tú?...

FELIX.

¿Yo? ¡Ya se sabe!

Le he dicho que vé visiones,  
pero él no atiende á razones...  
y hace bien: el caso es grave.

MERC.

¿Pero tan ciega ella estaba?

FELIX.

Mira... á mí, que en lo que hacia  
no me iba ni me venia,  
¡la sangre casi me ahogaba!

MERC.

¡Jesus!

FELIX.

Como Dios no mande  
algo que rompa este enredo,  
en cuanto él tropiece á Alfredo  
vá á ver un disgusto... ¡y grande!

MERC.

Mas tú no te batirás.

FELIX.

¡Yo! compárate con ella.  
Más que tú alguna habrá bella,  
más buena no, no la hay más.

MERC.

¡Felix!

FELIX.

Y ya que la suerte  
me dá en tí lo que no valgo,  
deberia yo hacer algo  
—lo sé—para merecerte.

MERC.

¡Por Dios!...

FELIX.

No me hagas hablar.

Lo que esta noche ha pasado  
me ha servido: he comparado.

Y si á Enriqueta lugar  
para esto ha dado Manuel,

¿para qué no te lo doy,  
Mercedes, yo, cuando soy  
más malo, cien veces, que él!

MERC.

¡Felix!... (Sin poder contener las lágrimas.)

- FELIX.                ¡Qué es eso? (Muy solícito.)
- MERC.                (Con mucha expansion.) Alegria.  
(¡Ya confiesa sus errores!!) (Fuera de sí.)
- FELIX.                Ea, tontuela, no llores.  
(Pasándose una mano por los ojos.)  
¡Vamos, chiquitina mia!... (Secándole los ojos.)  
—Esto se acabó; mañana  
vida nueva.—Ahora es preciso...  
ya ves tú qué compromiso  
por más que no tenga gana  
de salir... Manuel me espera  
y por hoy en mí no mando.  
¡Pero á no estarme esperando,  
te juro que no saliera!
- MERC.                ¡Gracias!  
(Felix la acaricia y prepara lo que va á decirle.)
- FELIX.                —Dime.—¿Ha parecido  
la llave del jardin? (Con cierta indiferencia.)
- MERC.                No;  
pero al jardinero yo  
la que tenia he pedido.
- FELIX.                Pues dámela.—Allí á Manolo  
he dicho que me esperara,  
porque todo se repara,  
y por él, y aun por mí solo,  
más reserva quiero ahora.
- MERC.                Ténla.  
(Dándole la llave que entre otras debe tener en el costurero.)
- FELIX.                ¿Qué necesidad  
hay de que la vecindad  
sepa que salgo á deshora?
- MERC.                Sí.
- FELIX.                Motivos doy ya hartos  
de murmurar cada dia.  
—Ah! chiquita... yo venia...  
la verdad... por unos cuartos.
- MERC.                ¡Si? (¡Se va!)
- FELIX.                Esa palidez...
- MERC.                No es nada, no te disgustes.
- FELIX.                Vamos, tonta, no te asustes.  
Juego por última vez.

- MERC. Felix.
- FELIX. Ese pecho ensancha.
- MERC. (¡Me abandona! ¡En vano lucho!)
- FELIX. Hija, hoy he perdido mucho;  
quiero tomar la revancha...  
y que no crean que huyo  
por perder.—Siento enojarte.
- MERC. Pero tú, ¿á qué me das parte,  
si cuanto hay en casa es tuyo?
- FELIX. (¡Vamos!...) (Como abrumado por tanta bondad.)
- MERC. Yo te alumbraré...
- FELIX. (¡Ve usted esto! ¡soy lo más!...)
- MERC. ¡Ah! ¡mas no te marcharás  
sin tomar antes el té!  
(Mercedes enciende la máquina.)
- FELIX. No lo haré más.
- MERC. No seas bobo.  
(Esforzándose por sonreirse.)  
Voy; anda. (Señalándole el *secrétaire*.)
- FELIX. (Siento aquí un frio..  
(Con la mano en el corazón.)  
¡Voy á tomar lo que es mio  
y me parece que robo!)  
(Muy reconcentrado y con horror.)
- MERC. ¿Y te sientes mejor?
- FELIX. Sí. (Abriendo el *secrétaire*.)
- MERC. ¿Sabes lo que pienso?  
(Mirándole fijamente á favor de la luz que tiene en  
la mano.)
- FELIX. ¿Qué?
- MERC. Que cuando el chiquito esté  
(Muy marcado y sin dejar de mirarle.)  
bueno del todo, de aquí  
—por tu salud—deberias  
siquiera un mes alejarte  
é irte á Paris... ó á otra parte  
á divertirte unos dias.
- FELIX. ¡Mercedes!
- MERC. (¡Era verdad!)
- FELIX. (¡Y es ella quien?... Si supiera!...)
- MERC. (¡Vacila!)
- FELIX. (¡Irme ahora, fuera

el colmo de la maldad!)

MERR. ¿Vamos?

FELIX. Sí.

MERC. Te está esperando  
Manuel...

FELIX. Sí, tienes razon.  
—¿Qué haces!

MERC. Abrirte el cajon.

FELIX. ¡Hija!...

MERC. (Señor, ¡hasta cuándo?...)

FELIX. ¡Demonio!

MERC. ¿Qué?

FELIX. ¿Qué ha de ser?

Nada, que muy ancho vengo  
por dinero... y mira... tengo...

(Mostrándole algunos billetes que deja caer otra vez  
en el cajon.)

¿qué tengo! Esto no es tener.

MERC. ¿Y es tal la necesidad?...

FELIX. ¿No ha de ser! He prometido  
volver... ¡Vaya! me he lucido.  
Y Mauuel...

MERC. ¡Ay, es verdad!

Pero no te apures. Yo  
tengo dinero,—esto pasa.—

(Á un movimiento de Felix.)

FELIX. El del gasto de la casa. (Sonriéndose.)

Hija, eso no es nada.

MERC. No.

Es mucho más. Si indiscreto  
al pesar no te abandonas  
y lo que he hecho me perdonas,  
voy á decirte un secreto.

FELIX. ¿Tú?

MERC. Mas no me has de mirar,  
que me dá vergüenza.

FELIX. Dí.

MERC. Hay un banco, ó cosa así

(Movimiento de Felix.)

que llaman *La Tutelar*.

Poniendo en él á interés  
dinero de un niño en nombre,

cuando el niño llega á hombre  
rico, ó poco menos, es.

Estas noches que no duermo  
al chiquitín por velar,  
en esto he dado en pensar.

¡Ay, Felix! un niño enfermo  
envejece á quien le asiste  
si le tiene algun cariño...

¡Me dice tanto mi niño  
con aquel mirar tan triste!

FELIX. Bien, sigue. (Con voz turbada.)

MERC. Si ser pudiera,  
yo á mí misma me decia,  
que asi se encontrara un día  
y sin recursos se viera!...

Y esto que ahora tú me escuchas  
y que me hace avergonzar,  
me hizo entonces derramar  
muchas lágrimas.

FELIX. ¿Sí?

(Pasándose una mano por los ojos.)

MERC. ¡Muchas!

—Tú sabes que, como antes  
otra era yo que en el día,  
en mi tocador tenia  
algunos buenos diamantes.

FELIX. ¿Y qué? (Con ansiedad.)

MERC. Que como ese aliño  
es inútil para mí...

FELIX. ¡Qué?

MERC. ¿Qué? Que ayer los vendí...

Y esto te presta tu niño.

(Ofreciéndole un paquete de billetes, que saca de su  
costurero.)

FELIX. ¡Ibas á imponerlo? (Muy conmovido.)

MERC. Sí.

Ya ves que disponer puedes...

Toma.

FELIX. ¡Mercedes! ¡Mercedes!

¡tengo vergüenza de mí!

(Dejándose caer en una butaca y cubriéndose los ojos  
con las manos, profundamente conmovido.)

MERC. Ya está el té y no hay taza. (¡Calma!)  
(Mercedes, que vé el efecto que han hecho sus palabras en Felix, á duras penas puede contener la alegría, y dice «calma» oprimiéndose el corazon con las manos.)  
Me llevo la luz conmigo. (Disimulando.)  
(Solo le dejo contigo:  
¡Señor, tócale en el alma!)  
(Los dos últimos versos los dice al atravesar la escena y dirigiéndose al cielo con el mayor fervor y recogimiento. Váse por la primera puerta izquierda. Felix queda alumbrado por el alcohol.)

## ESCENA VI.

FELIX.

¿Qué he hecho yo? Martirizar  
con mis locuras malvadas  
á un ángel, cuyas pisadas  
no soy digno de besar.  
Mi conducta es execrable:  
mi condicion es de fiera.  
Creí ser un calavera  
¡y estoy siendo un miserable!  
¡Oh! ¿y he de jugar impio  
esto que de darme acaba?  
¡No! creeria que jugaba  
¡la sangre del hijo mio!  
¡Yo me ahogo!... igual tormento  
no sufren los que más gimen...  
Es que si el hombre ha hecho el crimen  
¡Dios hizo el remordimiento!  
Bien. Yo apuraré sus heces,  
yo anhelo sus agonias...  
¡Lágrimas primeras mias,  
benditas seais mil veces!  
(Déjase caer sollozando en una butaca. Leve pausa.)

## ESCENA VII.

FELIX, ENRIQUETA, un EMBOZADO y MERCEDES.

- FELIX. (¿Y Manuel?... ¡Oh! también él se ha de enmendar, por mi nombre.)  
(Enriqueta ha salido durante los dos versos anteriores y se ha dirigido á la puerta del foro izquierda. No trae luz. Despues de cerciorarse y de creerse sola, descorre el cerrojillo de la puerta que dá al jardin.)
- ENRIQ. (Nadie.) (Descorre el cerrojillo.)
- FELIX. ¡Oh!  
(Levantándose al ruido que hacen las hojas de puerta al abrirse.)
- ENRIQ. ¡Perdon!  
(Cayendo de rodillas á los pies de Felix.)
- FELIX. ¡Un hombre!  
(Viendo al embozado, que ha aparecido en el foro.— Mercedes se presenta en este momento en la primera puerta de la izquierda, con la luz en una mano y la taza en la otra, y se queda inmóvil en el dintel.)  
¡Abajo espera Manuel!  
(Al embozado, con voz seca y reconcentrada, lanzándose hácia él é indicándole que salga: desaparecen rápidamente.—Enriqueta permanece de rodillas ocultando el rostro en las manos.—Mercedes deja el candelero y la taza sobre el velador y corre hácia Enriqueta.)

## ESCENA VIII.

ENRIQUETA, MERCEDES.

- ENRIQ. ¡Ay, Mercedes! (Echándose en sus brazos.)
- MERC. ¡Desdichada!
- ENRIQ. Todo acabó para mí.  
¡Van á matarse!  
(Con desesperacion, pero en voz baja.)
- MERC. Sí, sí.

(Con aturdimiento, pero sin precipitacion y todo con poca voz.)

La salida está cerrada  
por Manuel.

ENRIQ.                               ¿Y qué he de hacer!...

MERC.       No sé... ¡Yo soy tan cobarde!...

(Sumamente angustiada.)

ENRIQ.       ¡Un consejo! (Alzando la voz y fuera de sí.)

MERC.                               ¿Ahora? ¡Ya es tarde!

(Con amargura.)

ENRIQ.       ¡Oh! (Cubriéndose los ojos con las manos.)

MERC.                               No hay tiempo que perder.

¡Vamos!

(Se lanzan las dos á la puerta del foro en el momento en que se interpone entre ellas Doña Clara, que sale de su habitacion toda alborotada. La impaciencia de Enriqueta y Mercedes hace que no la escuchen.)

## ESCENA IX.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX.

CLARA.                               ¿Qué es esto, hija mia? (Á Enriqueta.)

—Mercedes, ¿qué está pasando?

(Felix se interpone entre ellas, y cogiendo del brazo á Doña Clara le dice los dos primeros versos en tono sombrío y con cierta indignacion.)

FELIX.       Pasa... que se estan matando,  
¡y usted vive todavia!

CLARA.       ¡Jesus! (Escandalizada cómicamente.)

ENRIQ.                               ¿Y Manuel?

MERC.   Dí.

ENRIQ.   Dí.

FELIX.       Solo yo para testigo,  
y de Manuel tan amigo,  
lanzarme á Alfredo temí;  
pues tal era mi arrebató,  
tal mi afan de verle muerto,  
que, si allí sigo, convierto  
el duelo en asesinato.

—Ya sucumba Alfredo, ya

le ampare allí la fortuna,  
pronto la luz de la luna  
sobre un cadáver caerá.

MERC. } ¡Oh!  
ENRIQ. }

CLARA. Mas ¡por qué?

FELIX. Porque ahora  
ya ir no pueden menos lejos;  
porque usted sembró consejos  
y nace sangre, señora.

CLARA. ¡Yo!... ¿Pues cómo á lo que pasa  
he podido dar lugar?

FELIX. Usted la hizo abandonar  
los deberes de su casa:  
Porque así usted se lo dijo,  
sin ver en ello un deslíz  
imprudente, esa infeliz  
se separó de su hijo..  
Usted fé no le inspiró;  
nada á su hogar la ligaba...  
la dicha que en él no hallaba  
en otra parte buscó...  
y... señora, la mujer  
que ama á un hijo con tibieza,  
que no cose y que no reza...  
¡honrada no puede ser!

ENRIQ. ¿Por qué no seguí tu ejemplo! (Á Mercedes.)

FELIX. ¿Por qué al niño no has criado?  
La madre del hijo al lado  
convierte su casa en templo.

CLARA. Yo no he aconsejado más  
que lo que á aquella á quien deja  
un mal marido, aconseja  
el mundo entero. Hijo, ¿estás?

FELIX. ¿Y no ve usted que si ahora,  
caso de que allí no muere,  
á ella Manuel volver quiere,  
ya no es posible, señora?  
¿No ve que esa desdichada,  
tal camino por seguir,  
condenada está á vivir  
pobre, sola, despreciada?

¿No vé usted que él, sin cariño,  
sin nada hallar que le cuadre,  
hasta dudará si es padre  
de aquel desgraciado niño?  
¡Oh!... si á las pobres que gimen  
solo muestra ese sendero  
el mundo, es que el mundo entero  
está cometiendo un crimen!

## ESCENA X.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX, MANUEL. Manuel aparece en la puerta izquierda del foro y avanza lentamente. Enriqueta al verlo hace un movimiento para correr hácia él, pero instantáneamente se arroja en brazos de Mercedes ocultándose de su vista.

TODOS. ¡Ah!

FELIX. ¿Muerto? (Á Manuel muy por lo bajo.)

MANUEL. Sí. (Sombrio.)

FELIX. Entre los dos

(Dirigiéndose á Enriqueta.)  
hay un cadáver.

CLARA. Sí, llora. (Id.)

ENRIQ. Apártese usted, señora.

—Te he hecho infeliz. Quizá Dios

(Á Manuel, pero sin mirarlo.)

me perdone; quizá un día

(Con poca voz y entrecortada, pero con cierta entereza.)

me perdones tú: jamás

yo he de perdonarme; mas

si un consuelo en su agonía

quieres dar á esta mujer,

dame á nuestro hijo.

MANUEL. ¿Darlo!...

(Dominándose despues de dicha la palabra.)

Mercedes sabrá educarlo.

MERC. ¡Sí! (Enriqueta le besa la mano.)

MANUEL. No nos debemos ver.

—Para huír ese tormento (Á Felix.)

te dejaré por escrito  
lo que hablarla necesito.  
Parto dentro de un momento  
por el hijo que olvidé.  
Lo más que asignarla pueda  
de lo poco que me queda  
al retiro le enviaré,  
que para vivir le elijo. (Yéndose.)

FELIX. ¿Adónde vas?

MANUEL. Á escribir. (Mucha frialdad.)  
Cuando amanezca, partir  
debo por mi pobre hijo.  
(Con la voz empañada nada mas.)

## ESCENA XI.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX.

ENRIQ. ¡Sé su madre! (Muy conmovida.)  
MERC. Lo seré. (Se besan.)  
CLARA. Yo iré contigo al destierro. (Llorosa.)  
ENRIQ. ¡Usted, causa de mi yerro?  
Señora, déjeme usted.  
(Váse por la puerta derecha.)  
CLARA. ¿Y qué haré yo vieja y pobre?  
FELIX. Vivir solita y rezar.  
CLARA. ¡Pero eso me va á matar!  
FELIX. Quien siembra, justo es que cobre.  
MERC. (¡Es vieja!... (En tono suplicante á Felix.)  
FELIX. Porque lo es,  
le daré para vivir.)  
CLARA. (¡Quién lo habia de decir!  
¡Jesus! ¡Pícaro francés!)  
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

## ESCENA ÚLTIMA.

MERCEDES, FELIX.

FELIX. ¡Mercedes!  
MERC. ¡Felix!  
FELIX. ¡Se han ido!

Solo me encuentro en presencia  
de tí, que eres mi conciencia;  
de tí, que me has redimido.  
Quisiera ser perdonado.  
¿Podrás tú olvidar?...

MERC. ¡Por Dios!

Pues entre nosotros dos,  
Felix mio, ¿qué ha pasado?

FELIX. ¿Lo olvidaste?

MERC. Puede ser.

Mi memoria es tan escasa...  
mas repara: en nuestra casa  
está todo como ayer.  
Mira en derredor de tí.  
Allí duerme nuestro niño:  
aquí vela mi cariño; (En el corazon.)  
mis brazos estan aqui. (Brindándole con ellos.)

FELIX. ¡Eres una santa!

MERC. No. (Sonriendo.)

FELIX. De un abismo me has sacado.

MERC. ¿Y quién en eso ha ganado?

FELIX. ¡Yo, Mercedes!

MERC. ¿Pues y yo?

—Felix mio, si el deber,  
si Dios mismo no exigiese  
que lo que he hecho yo se hiciese,  
lo mismo volviera á hacer.

FELIX. Porque tú eres la bondad;  
porque tu pecho es tan santo  
como el de un ángel.

MERC. No tanto;

(Con picaresca ingenuidad.)  
por mi propia utilidad.  
—Dime: si de otra manera  
hubiese sido, ¿tendria  
en mi casa esta alegria? (Algo conmovida.)  
Como Enriqueta me viera,  
quizá entre gentes extrañas,  
sin sosiego ni reposo,  
separada de mi esposo,  
del hijo de mis entrañas.  
Con daros felicidad,

con llenar de ella mi pecho,  
nada he hecho.

FELIX. Mas lo has hecho,  
porque tú eres la bondad.

MERC. No, no, Felix; porque sé  
que es de la mujer el centro  
su casa; y si de ella dentro  
la dicha lucir no ve,  
por más que tras ella quiera  
correr con desvelo ansioso,  
es inútil, es ocioso  
que vaya á buscarla fuera.

FELIX. ¡Feliz el hombre que el día  
que en el buen camino entra,  
con una mujer se encuentra  
como tú, Mercedes mia!  
Mi vida á tí consagrada  
no pagará con exceso  
tanto bien.

MERC. No digas eso;  
que me pones colorada.

FELIX. Tú me has mostrado la luz  
hácia la cual me dirijo;  
tú me has salvado.

MERC. Pues, hijo,  
ya me pesaba la cruz. (Con candorosa confianza.)  
Ejemplo me daba Dios,  
pero bien se necesita.

FELIX. De hoy más, aunque ligerita,  
llevémosla entre los dos.  
(Haciéndole una caricia.)

MERC. ¡Qué feliz soy!

FELIX. Tal cariño  
necesita de un altar.

MERC. Lo tengo. Ven á besar  
la frente de nuestro niño.

FELIX. ¡Me lo como!—Dí en el *quid*:  
con él aquí y tú del brazo...

(Haciendo la acción de llevar en brazos el niño y del  
brazo á su mujer.)

¡he de ser lo más padrazo  
que pásée por Madrid!

MERC. ¡Gracias, Dios!

FELIX. Y no te asombre.

De lo mucho que has sufrido  
este el resultado ha sido;  
que la mujer... hasta al hombre  
más parecido al demonio  
trueca en todo lo contrario,  
si llegar sabe al calvario  
con la cruz del matrimonio.

**FIN DE LA COMEDIA.**

# TEATRO

DE

## DON LUIS DE EGUILAZ.

---

VERDADES AMARGAS.....	Comedia en tres actos, original y en verso.
ALARCON.....	Drama en tres actos, original y en verso.
LAS PROHIBICIONES.....	Comedia en tres actos, original y en verso.
UNA BROMA DE QUEVEDO.....	Comedia en tres actos, original y en verso.
EL CABALLERO DEL MILAGRO..	Drama en tres actos, original y en verso.
MARIANA LA BARLÚ.....	Parodia en un acto y en verso.
UNA VIRGEN DE MURILLO....	Comedia en tres actos y en verso <sup>1</sup> .
LA VERGONZOSA EN PALACIO..	Zarzuela en un acto, original y en verso.
CUANDO AHORCARON Á QUEVEDO.	Zarzuela en tres actos, original y en verso.
EL ESCLAVO.....	Zarzuela-arreglo en tres actos y en prosa.
UNA AVENTURA DE TIRSO....	Comedia en tres actos, original y en verso.
LA VIDA DE JUAN SOLDADO...	Drama en tres actos, original y en verso.
LA VAQUERA DE LA FIÑOJOSA.	Drama en tres actos, original y en verso.
LA LLAVE DE ORO.....	Drama en tres actos, original y en verso.
GRAZALEMA.....	Drama religioso en tres actos, original y en verso.
EL PATRIARCA DEL TURIA...	Drama en tres actos, original y en verso.
LAS QUERELLAS DEL REY SABIO.	Drama en tres actos, original y en verso.
MENTIRAS DULCES.....	Comedia en tres actos, original y en verso.
¡SANTIAGO Y Á ELLOS!.....	Drama en tres actos, original y en verso.
EL PADRE DE LOS POBRES....	Drama religioso en cinco actos, original y en verso.
LA PAYESA DE SARRIÁ.....	Drama en tres actos, original y en verso.
LOS CREPÚSCULOS.....	Comedia en un acto, original y en verso.
LA CRUZ DEL MATRIMONIO....	Comedia en tres actos, original y en verso.

---

<sup>1</sup> En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.